

BOL-SILBROS



SERVICIO SECRETO



MOROCCO MURDER Silver Kane



El jefe de la policía portuaria de Tampa dio un puñetazo sobre la mesa.

El había sido jurado, cuando eligieron aquella *miss* América. A él, triste y solitario cincuentón, le habían hecho ese honor que nunca se volvería a repetir, y por lo tanto la excitante mocita a la que él había contribuido a distinguir entre todas las demás, formaba ya parte de su vida. Los tipos que la habían hecho desaparecer — estuviesen donde estuviesen—, tendrían que pagarlo con la cámara de gas, la silla eléctrica, el pelotón de ejecución o la horca, los cuatro sistemas de quitar de en medio al prójimo que aún se usan en los Estados Unidos.



Silver Kane

Morocco Murder

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1457

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Morocco Murder*
Silver Kane, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El jefe de la policía portuaria de Tampa abrió por las páginas centrales el periódico que acababa de llegar en avión desde el otro lado del país, el *Los Angeles Times*, y dijo, con tono de hombre bien educado:

—¡Maldita sea la primera leche que mamaron! ¡Me cago en su madre!

Lo que le había puesto de tan excelente humor en las páginas centrales del periódico con más tirada de los Estados Unidos, era el enorme titular que decía:

«Desaparece miss América.

»Es la cuarta belleza continental de la que se pierde la pista, este año».

Debajo de los titulares había unos cuantos retratos a los que tan aficionados son los grandes rotativos del país: *miss* América vestida en una fiesta benéfica; *miss* América tomando el sol en bikini entre la élite de Cayo Hueso; *miss* América en la cama, sin nada encima, y disimulando apenas con la posición de la pierna el nacimiento del pubis.

El jefe de la policía portuaria de Tampa dio un puñetazo sobre la mesa.

El había sido jurado, cuando eligieron aquella *miss* América. A él, triste y solitario cincuentón, le habían hecho ese honor que nunca se volvería a repetir, y por lo tanto la excitante mocita a la que él había contribuido a distinguir entre todas las demás, formaba ya parte de su vida. Los tipos que la habían hecho desaparecer — estuviesen donde estuviesen —, tendrían que pagarlo con la cámara de gas, la silla eléctrica, el pelotón de ejecución o la horca, los cuatro sistemas de quitar de en medio al prójimo que aún se usan en los Estados Unidos.

—Las puercas ramera baratas de vuestras madres —dijo en voz

baja, como si los tuviera delante.

En aquel momento sonó el teléfono en su despacho de enormes cristalerías desde el que se dominaba todo el puerto de Tampa.

—¡Que les den por el saco! —gritó, mientras descolgaba.

—¿Es eso lo que les tengo que decir, capitán? —preguntó la voz educada del teniente Morrison, al otro lado del hilo—. ¿Que les den por el saco? ¿Y si resulta que les gusta?

El gran jefe escupió el cigarro que llevaba en la boca.

—Perdone, no me refería a nadie en concreto —dijo—. ¿Quiénes son los que están ahí a estas horas? Prácticamente, las operaciones del puerto se han cerrado, excepto para los yates.

—Traen el ataúd de la madre de Christopher Henryk, jefe —explicó Morrison—. He examinado la documentación y está en regla: certificado de embalsamamiento, certificado sanitario, impuestos de traslado, gastos funerarios... Piden permiso para embarcar.

—Sí, ya me lo habían anunciado. ¿Pero qué va a hacer Christopher Henryk con la carroña de su madre? —Siguió gruñendo el policía, que no parecía haberse educado precisamente en Oxford.

—Lo arrojará al mar, a doscientas millas de la costa.

—Muy propio de un navegante como él. De acuerdo, ya pueden cargar su yate.

Colgó y se acercó a uno de los ventanales para contemplar la operación. Precisamente el *Madonna*, el lujoso yate de Christopher, estaba anclado ante la oficina de la policía.

Era uno de los mejores que surcaban los cayos de Florida y las playas del Caribe, en interminables viajes de placer. Al *Madonna* lo conocían muy bien todas las prostitutas de Jamaica, Trinidad, Barbados y las islas Vírgenes, que allí también las hay, y además muy monas. Lo conocían también todos los maricas de las Bermudas, Haití y las Bahamas, pues en el *Madonna* viajaban millonarios que eran diestros en el manejo de toda clase de posaderas. Christopher era un amoral que había hecho una gran fortuna con las revistas *porno*, y que a bordo de su yate siempre viajaba con un gran equipo de fotógrafos, en busca de nuevas emociones y nuevas poses. Pero no se podía negar que era también un gran navegante, pues había ganado importantes trofeos y había dado dos veces la vuelta al mundo. Era razonable que su madre — como algún día le ocurriría a él mismo— acabara reposando en el

fondo del mar.

El jefe de la *bofia* vio como cargaban el lujoso ataúd. Luego vio a Christopher y a varios de sus amigos llegar en triste procesión, todos inmaculadamente vestidos de blanco. Subieron al yate e inmediatamente éste levó anclas para zarpar. Bajo la luna del Caribe su espléndido velamen, ayudado por dos potentes motores diesel, lo sacó del puerto y le hizo ganar enseguida una velocidad de quince nudos.

El jefe volvió a su mesa de despacho y abrió de nuevo el *Los Angeles Times*. Durante un largo rato, como un obsesionado, fue incapaz de apartar su vista del precioso rostro de la muchacha desaparecida.

Al fin gritó:

—¡Vuestra madre...!

No sabía que madre era, pero daba igual: la madre de cualquiera de los que habían sido.

Mientras tanto, en el salón del *Madonna*, decorado con maderas de caoba y teca, Christopher había descorchado la primera botella de añejo *whisky*.

—Chin, chin —*dijo*.

El joven completamente desnudo que estaba frente a él alzó también su vaso y dijo con una sonrisa:

—Chin, chin.

—No bebas demasiado. Tienes que estar en forma para las fotos —dijo Christopher—. No quiero arrugas.

—¿Arrugas dónde? —preguntó el nudista.

—No me vengas con idioteces ahora. Sabes que estás contratado para mi cadena de revistas porque eres el más superdotado de los Estados Unidos, y en la película que filmaremos aquí se tiene que ver en primerísimo plano cómo haces el amor con Margot. Por cierto... ¡Margot!

Una joven también completamente desnuda bajó las escalerillas de cubierta.

—Estoy aquí, jefe.

Christopher contempló su belleza, su juventud, su salud, su piel tersa, sus curvas casi abrumadoras de tan perfectas. Pero él —un profesional al fin y al cabo— no se fijó en tantos buenos detalles, sino en el único detalle malo. Arrugando el ceño, dijo:

—Tienes que ir al peluquero del buque.

—Pero si acabo de ir, jefe...

—¡No me refiero al pelo de arriba, idiota!

Ella se sonrojó, con una especie de humillación, en tanto musitaba:

—Tiene razón, jefe. Cualquier detalle puede estropear unas buenas fotos. Iré enseguida.

Christopher alzó su vaso.

—De todos modos, bebe con nosotros. Aquí tienes a tu compañero, el tío más macho de toda Norteamérica. En la película y en las fotos que haremos vais a ser grandes amigos. Hala, Marlon, cariño, haz que la chica te vea de perfil.

El tal Marlon se puso de perfil.

La chica hizo:

—¡Oh!

Pero no podía decirse que lo lamentara mucho.

Christopher, mientras tanto, desapareció.

Fue a la bodega del buque.

Allí estaba el ataúd de lujo. Dos tipos con aspecto de gorilas lo velaban. Cualquier parecido entre ellos y un sacristán hubiera sido mera coincidencia.

Christopher masculló:

—Abrid. Quiero ver a mamá.

Unas llaves especiales, que sólo eran útiles si se ajustaba una cierta combinación en las cerraduras, empezaron a funcionar. Después de casi dos minutos de laborioso ajeteo que ponía aquello a cubierto de cualquier sorpresa, la tapa se alzó.

Y dentro estaba «mamá».

Bueno, resultaba muy joven para que de su vientre hubiera salido un tipo ya tan arrugado como Christopher.

Además, mamás de esa clase no abundan.

Uno de los guardianes, dijo:

—Leches con *miss* América.

La chica estaba completamente desnuda y, por lo tanto, su maravilloso cuerpo se podía ver a la perfección. Lo único que no se distinguía —lástima— era el rostro, porque el rostro estaba casi completamente cubierto por la mascarilla que le suministraba oxígeno.

—Está drogada para dos días —dijo el que acababa de entrar—. No

habrá problemas.

Christopher se volvió y miró a James, su segundo en el negocio.

James había sido dueño de una cadena de salas de masaje para hombres en la costa atlántica, y dueño de una cadena de salas de masaje para mujeres en la costa del Pacífico. Si un tío quería que le hicieran cosquillas, usaba uno de los muchos teléfonos que tenía repartidos James. Si una tía quería que alguien le enseñase dónde tenía su órgano más sensible, llamaba a un teléfono similar y en paz.

Ahora James tenía no sólo eso, sino salas de juego, dos hoteles, una revista para jóvenes aficionados al *punk* y participación en los poderosos negocios de Christopher. Así ya se podía llevar los brillantes que él llevaba y ser uno de los hombres más elegantes de Estados Unidos.

El jefe musitó:

—¿Calculaste bien la dosis?

—Yo siempre lo calculo todo bien.

—Entonces..., ¿por qué parece como si no respirara? ¡La bolsa no se mueve!

Sus ojos se habían clavado de pronto en las pequeñas membranas que indicaban el buen funcionamiento de la corriente de oxígeno y marcaban el ritmo de la respiración de la prisionera. Ahora aquellas membranas estaban absolutamente inmóviles.

Christopher lanzó un grito.

Tocó aquel cuerpo que, de pronto, le pareció espantosamente frío.

—¡Mal nacido! —gritó—. ¡Hijo de la gran marrana!

Su puño derecho se proyectó como un rayo hacia la boca de James, que salió despedido hacia atrás mientras sus labios se cubrían de sangre. Pero el asombro que sentía era tan fuerte, que no debió notar ni el dolor. Mientras las rodillas se le doblaban, balbució:

—¡No es posible! ¡Calculé bien la dosis!

Christopher aulló:

—¡No calculaste nada, hijo de perra! ¡Está muerta!

Un silencio espantoso se hizo en el pequeño rincón de la bodega donde sólo estaban los cuatro hombres.

Christopher se rehízo poco a poco.

Fue al mueble bar que había en un ángulo, sacó una botella de ron y bebió de golpe un chorro que le quemó las entrañas. Luego dijo,

con voz opaca:

—Este fallo nos puede costar veinte millones de dólares.

—La chica no vale tanto —farfulló James—. No iban a pagarnos más de un millón por ella.

—Es la amistad del jeque Fared lo que me preocupa —dijo Christopher, pensando en voz alta—. Puede pensar que no tenemos palabra, que nos ha salido un comprador mejor y se la hemos vendido a otro. Hay que demostrarle, al menos, que el asunto ha salido mal, pero que nosotros hemos obrado con absoluta buena fe.

—¿Y qué vamos a hacer, jefe?

—Hay que enseñarle el cadáver.

—¿Enseñárselo? ¿Cómo? ¿Se ha vuelto loco, jefe?

Christopher dirigió a su satélite una mirada cargada de odio.

—Yo no me vuelvo loco. James; yo sé lo que me digo. Desde el yate le enviaré un cable cifrado para que vaya en su avioneta privada a la pista de Lummis, en las Bahamas. Tú llevarás el cuerpo allí. Cuando Fared se haya convencido de que no hay engaño, remontarás de nuevo el vuelo y harás desaparecer esta carroña.

Señaló el cuerpo de *miss* América. Ahora ese cuerpo había perdido todo su valor comercial; ahora era, simplemente, carroña.

—¿Cómo lo haré desaparecer? —susurró.

—De la forma más sencilla del mundo. Lo lanzarás desde la avioneta a un mar infestado de tiburones como es éste. En dos minutos no quedarán de ella ni las amígdalas.

—No las tenía —dijo fríamente uno de los guardianes.

—Bueno, pues entonces peor para los tiburones.

Y fue al teléfono adosado a la pared, para dar unas secas órdenes. Momentos después ocurría en el *Madonna* algo que sus ilustres huéspedes (elegidos entre los pornógrafos más importantes del país) no estaban acostumbrados a ver.

Toda la cubierta de popa se abrió, movida por unos potentes resortes metálicos.

Una grúa elevó el avión de cuatro plazas, un potente «Halcón Special» con dos motores «Rolls» y alas plegables, que por su tamaño parecía imposible que hubiera podido caber en las bodegas del yate. Con un previo zumbido de las turbinas, los dos motores se pusieron a rugir.

La propia grúa lanzó el avión a los aires, cuando las hélices

hubieron ganado el régimen de revoluciones que necesitaban. Era un sistema tan viejo, que algunos buques de combate usaron ya en la Primera Guerra Mundial, pero no por eso resultaba menos eficaz. El avión emprendió vuelo hacia el famoso Triángulo de las Bermudas, donde tantos buques y tantas aeronaves habían desaparecido para siempre sin dejar el menor rastro.

Lo pilotaba James.

Dentro iban dos guardianes y una mujer, sólidamente encajada en el asiento por medio de un doble cinturón de seguridad. Lo que nadie hubiera podido sospechar —caso de poder ver a la mujer desde fuera— era que estaba muerta.

James dijo a uno de sus sicarios:

—Llama por radio a Lummis. Quiero saber si podremos repostar allí para el regreso.

—Siempre hemos podido.

—De todos modos, asegúrate. Por muy secreta que sea la pista, no quiero tener que quedarme allí con el fiambre.

—*Okay*, jefe.

El sicario llamó.

—Mierda —dijo—. Hay una interferencia.

—¿Ya has buscado bien la onda?

—Claro que sí. Pero pasa algo extraño. Parece como si alguien o algo zumbara por encima de nuestras cabezas.

James masculló:

—¡El radar!

Se dio cuenta ahora de que no lo había puesto en funcionamiento. Lo conectó, e inmediatamente se dio cuenta de que una especie de abejarrón estaba sobre ellos.

—¡Un helicóptero! —gritó.

—¿La policía?

—¡Imposible! ¡Hemos pagado los suficientes sobornos para saber que no hay control por aquí!

—¡Entonces puede ser un particular, un aficionado! ¡Salgamos a todo gas! ¡Con este aparato lo podemos perder en diez segundos!

James dijo con voz opaca:

—Claro que sí...

Dio más gas. Los poderosos motores «Rolls» a turbohélice rugieron, mientras el avión parecía encabritarse en el aire y saltar poseído de

un ataque de rabia. James tiró un poco del timón hacia atrás para ganar altura.

Y en aquel momento le vio.

Era como una alucinación.

No podía ser...

¡El hombre suspendido en el aire!

¡Aquel pájaro que se acercaba vertiginosamente!

¡Una especie de monstruo colgado del espacio!

¡Su cuerpo, que se acercaba vertiginosamente, como si de pronto hubiera surgido de la nada!

James lanzó un grito gutural.

La bomba que salía de su derecha.

¡La bomba magnética que era atraída por la plancha del avión!

—¡*La bomba!*...

Estalló prácticamente ante sus narices, en el morro del aparato, convirtiendo éste en una inmensa bola de fuego.

Los que estaban dentro ni siquiera oyeron la detonación.

Salieron despedidos en todas direcciones, convertidos en simples pedazos.

Lo último que James pensó, en una trágica centésima de segundo, fue:

«Carroña...».

CAPÍTULO II

Los sirvientes chillaron estridentemente, con unos auténticos alaridos que recordaban los antiguos gritos de guerra de los bereberes:

—¡Que Dios proteja y guarde muchos años al rey! Hassan II, rey de Marruecos, gran señor de los alauitas, mensajero del Profeta y árbitro de la política en el norte de Africa, entró con paso medurado en la sala de audiencias del Palacio Imperial de Marrakeck.

Vestía, como era costumbre en él, un elegante terno gris confeccionado en París, fumaba con un gesto elegante y lucía un mechero y un reloj firmados por Cartier. Por unos momentos se detuvo ante las cámaras de televisión que recogían su figura más bien menguada, su cara algo cansada, de grandes bolsas bajo los ojos, y con un elegante gesto invitó:

—Señores, podemos empezar.

Docenas de *flashes* relampaguearon para recoger su figura. Otros fotógrafos prefirieron alcanzarlo con un objetivo abierto al 5'6 y una velocidad de 50, pues la luz era suficiente. Las cámaras de cine de los grandes noticiarios internacionales emitieron un leve zumbido.

Un periodista alemán preguntó:

—Majestad, soy Hendrof, del *Die Well*, y desearía saber, para los lectores de mi periódico, si el reciente acuerdo firmado con Rusia para la explotación de los fosfatos del Sahara va a alterar el equilibrio político Este-Oeste que actualmente se mantiene en el norte de Africa. Es decir, si de algún modo Marruecos se inclina hacia la URSS abandonando, en parte, la órbita de los Estados Unidos.

Hassan II encendió con calma un cigarrillo que había puesto a su alcance el sirviente inmaculadamente vestido de blanco y se tomó un tiempo para contestar. Sabía que el tema era delicado, como lo era todo en el inmenso tablero de ajedrez del norte de Africa. Sus ojos inteligentes y astutos fueron hacia el fondo de la sala, lujosamente recubierta de azulejos, y parecieron buscar más allá del

Palacio Imperial, más allá de las murallas rojas, más allá de las casas todas pintadas del mismo color y que habían dado a la hechicera Marrakeck el nombre de «la ciudad roja».

Sus ojos se cruzaron un momento con los del mestizo impecablemente vestido que estaba al fondo de la sala. El mestizo, que también se vestía en París y también llevaba un reloj firmado por Cartier, hizo una imperceptible seña, pero Hassan II no la captó. Realmente pensaba en otras cosas. Luego aquel hombre a quien el rey, portavoz del Profeta, no había prestado atención, salió de la sala silenciosamente.

Más allá estaba el gran patio de fino césped verde, cerrado por unas altas murallas rojas.

El guardián situado en el exterior llevaba un paraguas, aunque no tenía pinta de ir a llover. Pero el que acababa de salir sabía muy bien que, bajo su apariencia inofensiva y hasta un poco grotesca, el hombre del paraguas era uno de los más peligrosos karatekas del Palacio Imperial. Y que en su chisme, que parecía no servir para nada, se ocultaba una potente emisora de radio.

El guardián dijo:

—Alá sea contigo, Osman.

—Alá sea contigo —respondió el que acababa de abandonar la sala de audiencias.

Subió a un coche que le estaba esperando, un portentoso «Cadillac» americano, y el chofer uniformado le condujo a través de la puerta, tan estrecha, que apenas el vehículo podía pasar, pero que era una garantía para la seguridad del palacio porque ningún vehículo en el mundo podía atravesar aquello con rapidez. Luego se perdió en dirección a las murallas que aún bordean la ciudad, como en los buenos tiempos de la Edad Media.

Se dirigió entonces a la inmensa plaza que parece agrupar a todos los mercaderes de Africa. Vendedores de camellos y de asnos, traficantes de sedas, expendedores de hachís, encantadores de serpientes y barberos ambulantes se mezclan allí con mendigos leprosos, con porteadores de té, con jugadores de dados y con afiladores de espadas, como si aún se viviera en la lejana época de Marco Polo.

El «Cadillac», entre la admiración general, pasó cerca de unos cuantos tenderetes, volcó un par de ellos, pisó un par de canastas de

fruta y, al fin, se dirigió majestuosamente al hotel Marrakeck, que tiene fama de ser, con el Ivoire de Abidján, uno de los mejores de Africa.

Allí, en una de las habitaciones refrigeradas, perfumadas, adornadas, bendecidas por todas las riquezas, le esperaba Jaled, el que no estaba refrigerado, ni perfumado, ni adornado, ni bendecido. Al contrario, Jaled estaba maldito por todos los dioses. Sudoroso y ligeramente fétido, sin acertar a moverse en su traje demasiado bien cortado por un sastre de Londres, musitó:

—Mira esta maravilla, Osman. Doce años acabados de cumplir, pero ya es una mujer. Observa su trasero tan perfectamente alto y sus senos que miran al cielo. Y esta mestiza del bajo Atlas, Osman. Dieciséis años. Tan alta y tan esbelta como una doncella de Dahomey, de las que antes buscaban a través del desierto los siervos del Profeta. Date cuenta del detalle de sus pezones, que parecen dos piezas de orfebrería. ¿Qué pasa? ¿Están de moda las llenitas? Pues mira esta judía atlética que mis hombres encontraron en el Chad, y que estaba haciendo excavaciones con unos compañeros. Lamentablemente ya no es virgen. ¿Qué pasa, Osman? ¿Por qué pones esa cara, carajo? —De pronto el tío había dejado de hablar finamente—. ¿Es que mi mercancía ya no te gusta?

—Quiero inglesas —dijo Osman—. Las inglesas están de moda.

—¡Bah! —Gruñó Jaled, tapándose las narices—. ¡Pestilentes *hippies* de Portobello Road! ¿No sabes que nunca se lavan? ¿Para qué las queréis? ¿Para que se les ponga piel de cangrejo en cuanto tomen un poco el sol?

Osman dijo, con voz indiferente:

—Te encargué inglesas. Y no me refiero a *hippies* de Portobello Road, sino a distinguidas señoritas del Christ College. Ésas sí que se lavan.

Jaled se disculpó con un gesto.

—Que el Profeta te confunda —dijo, en una especie de rápido contraataque—. No tienes sentido de la realidad. No sabes lo cochino que es este oficio, ni lo difíciles que se ponen las mujeres fuera de serie.

—Algunos jeques árabes consiguen incluso *misses* americanas —protestó Osman.

—Puede que lo hagan... Pero ellos mueven dinero, mucho dinero...

Y están relacionados con grupos importantes.

—Pues relaciónate tú también, Jaled, hijo mío, relaciónate tú también. Sabes perfectamente que sirvo a lo mejor de Marruecos y no puedo entregar mercancía barata. Ahora llévate a todas esas apestosas aficionadas y véndelas a gentecilla de segunda fila. Pero cuando vuelvas a hablar conmigo, que sea llevando a una mujer de bandera por delante.

Jaled se estremeció.

Cada vez le estaban poniendo más difíciles las cosas. Cada vez había más gente en las altas esferas del país que buscaba carne exótica.

Las piezas africanas y del Oriente Medio ya no les servían.

—Lo haré —dijo.

—Recuerda que yo no trato con aficionados, Jaled.

Con un gesto de desprecio, Osman salió y se hizo conducir por el «Cadillac» al aeropuerto de Marrakeck. Allí le estaba esperando un pequeño avión especial en el que en hora y media llegó al aeropuerto internacional de Rabat. Desde allí, desde el elegante distrito de Saleh, otro «Cadillac» color limón le condujo hasta las Cercanías de otras murallas rojas, las viejas murallas de Rabat contiguas al segundo Palacio Imperial que tiene en Marruecos Hassan II. Casi enfrente de esas murallas, más allá de unos jardines de un desvaído color y unas lánguidas fuentes, estaba el fastuoso Rabat Hilton.

Osman tenía siempre una habitación reservada allí, en el primer piso. Cuando se hubo dado una buena ducha y bebido un *whisky* doble, era ya de noche.

Se puso un albornoz y bajó a los jardines del hotel. Unas tumbonas de fibra trenzada esperaban acogedoras entre la media luz. Los cuadros de flores se perdían entre las sombras. A la derecha había una piscina y a la izquierda un magnífico campo de golf de dieciocho hoyos.

Todo lo necesario para vivir a lo grande. Todo.

Sólo le faltaba una chica, pero la chica la conseguiría con un simple telefonazo después del baño. Claro que ahora lamentó no haberse traído, para su uso personal, a la hermosa y atlética judía capturada en las cercanías del lago Chad. Hubiera sido curioso saber qué juego daba una chica así en la cama.

Bueno, quizá aún estaba a tiempo.

Se lanzó al agua.

Estaba quieta y tibia.

Como de costumbre, le habían dejado solo allí. Discretamente, los empleados del hotel impedirían que cualquier otro huésped bajase durante los diez o doce minutos que solía durar el baño de Osman. Además, a aquella hora todo el mundo estaba ya cenando en uno de los restaurantes y tomando las primeras copas en el lujoso bar, donde las luces indirectas apenas rasgaban la penumbra.

Osman braceó suavemente.

Después del calor del día, aquello tonificaba sus nervios y su piel.

Se sumergió lentamente.

Las luces del hotel iluminaban en parte el agua.

Un juego embriagador de reflejos.

Y entonces le vio.

Era increíble.

Pero el hombre estaba allí.

Era como un pequeño monstruo acechando en el lugar más insospechado del mundo: en el fondo de la piscina.

¡Allí, en el fondo de una de las piscinas más lujosas del mundo!

Llevaba un equipo completo de buceador.

Y algo más que brillaba en su mano.

¡Un rifle de pesca submarina!

¡Un rifle que se movía!

¡Se movía!

—*¡Se movía!*

Osman intentó desesperadamente salir de allí.

Intentó chillar.

Pero fue inútil. La terrible jabalina de acero, disparada con una fuerza y una precisión maestras, le atravesó por completo el corazón.

La muerte fue instantánea.

Una espesa mancha de sangre oscureció todavía más las ya oscuras aguas.

Osman braceó todavía durante unos segundos, sin fuerzas para sacar la cabeza del líquido.

Luego se hundió poco a poco.

Su propia sangre le acompañaba como una aureola macabra.

Las luces del hotel, a la altura de los primeros pisos, se fueron

apagando lentamente.

CAPÍTULO III

El abogado Kruger dejó su lujoso «Lincoln» negro en el aparcamiento privado del New York Hilton, un nuevo monstruo de cristal y acero, y se coló entre la nube de sirvientes uniformados que le saludaban llevándose la derecha a la gorra. Moviendo su voluminosa panza de tipo al que cualquier día le va a dar un infarto, Kruger tomó el ascensor hasta el piso doce y allí se coló en la *suite* de Van Dollen, que era su socio en la costa del Pacífico. Van Dollen, en contra de lo que era su costumbre, no tenía esta vez en el diván a ninguna chica.

Su única compañía era una botella de *whisky* y una cajetilla de cigarrillos turcos, ya casi terminada. Miraba con gesto aburrido los anuncios de la televisión en color, que estaban casi todos dedicados a cantar las excelencias de los nuevos equipos de

Hi-Fi,

sin los cuales, al parecer, un hombre como Dios manda no podía vivir.

Kruger dejó su cartera sobre la mesa.

—Conseguido —dijo.

Van Dollen le miró con interés.

—¿Harvard va a salir? —preguntó.

—Lo conseguimos. El juez aceptó la fianza.

—Oye... Esto es un éxito fantástico de tu despacho, Kruger. Vas a acabar teniendo la mejor oficina legal de Nueva York... ¿Hubo que untar a mucha gente?

—Sólo la indispensable. El juez, por supuesto, tiene que acabar cobrando.

—Hay que obrar con mucha prudencia, Kruger.

—No te preocupes. Será el propio secretario quien le pague, y así el juez tendrá la sensación de que sigue siendo un hombre limpio. Sé manejar a esa gente.

Van Dollen se retrepó en el asiento. Lo que acababa de oír era una noticia que le llenaba de gozo, porque significaba que los negocios volverían a marchar. Mientras preparaba dos *whiskys* con hielo

preguntó:

—¿Cuándo va a salir?

—Dentro de dos días.

—Habrá que avisar a la gente, Kruger. Todos los asuntos tienen que volver a marchar al cien por ciento otra vez. Tipos como Christopher son unos pobres aficionados que se creen importantes, pero que en realidad están sacados de un anuncio del *Playboy*. Les falta clase. Y después de su último fracaso, hay que empezar a pensar seriamente en otra cosa.

Bebió un sorbo y añadió:

—Sabrás que hubo fallos importantes.

—Sí, ya sé que lo de *miss* América se hundió.

—Iban a vendérsela a un jeque del petróleo que la hubiese recogido, como suele hacerse, en la pista secreta de Lummis. Desde allí era muy fácil llevarla a cualquier puerto tropical y embarcarla en un carguero de los que hacen, desde el Caribe, la ruta de Africa del Sur y el Océano Indico. Muchos de ellos, con bandera liberiana, están a sueldo de los jeques del Golfo Pérsico. Son realmente suyos, con la carga y todo.

Kruger bebió también un sorbo.

—Conozco el negocio —dijo hoscamente—. Me han explicado bastantes cosas, a pesar de que yo me limite a llevar la oficina legal de Nueva York.

—Pero no sabes cómo marchó lo de *miss* América. El asunto se fue en parte al diablo por exceso de droga, pero eso no es lo más grave... James tuvo un fallo que cualquiera podía tener. Lo preocupante fue que alguien envió al infierno, sobre el Caribe, el avión en el que viajaban James y los otros rumbo a Lummis.

—¿Cómo es posible? —Kruger hizo un gesto de incredulidad.

—No lo supimos al principio, pero luego hubo un chivatazo. El soplo nos llegó de alguien que había ayudado a fletar un helicóptero en el puerto de Galveston, en Texas. Parece que Kerrigan se deslizó por un cable desde ese helicóptero hasta casi la altura del «Halcón Special» en que viajaban James y los otros. El arma que empleó fue una bomba magnética con una carga de fósforo y otra de Goma 2. Es decir, los cazó a cuerpo limpio en el aire.

El abogado dijo, con un soplo de voz:

—Kerrigan...

Parecía como si, de pronto, le doliese la voluminosa tripa. Se la sujetó.

Van Dollen le apuntó con el dedo.

—Tampoco sabes lo de Osman, seguro —dijo.

—¿Osman?

—Sí, el marroquí. Sirve «género» a lo mejorcito de su país y hay quien dice que ha hecho incluso algunos servicios a un alto personaje de la corte. Del número de mujeres que hay en su harén nadie puede estar seguro. Bueno, eso son cosas de las que se habla.

Kruger masculló:

—No me interesa. Ahora recuerdo perfectamente quién es Osman y los favores que ha hecho a la organización. ¿Qué ha pasado con él?

—Kerrigan lo liquidó.

—¿Kerrigan? ¿Pero qué dices...?

—Sé perfectamente de lo que hablo, Kruger. A ese hijo de la gran perra llamado Kerrigan le comisionó el propio Departamento de Estado para que nos atacase en nuestros puntos más sensibles. Le dieron carta blanca. Si le matamos, el Departamento de Estado dirá que no le conocen de nada y permitirán que sea enterrado en cualquier cementerio canino de tercera clase, pero mientras tanto tiene dinero, explosivos, aviones y, sobre todo, licencia para matar. Por mucha gente a la que elimine, nadie en las esferas oficiales le preguntará nada.

Añadió con voz opaca:

—Lo único ventajoso para nosotros es que se trata de un hombre solo. Si le liquidamos, ha terminado el peligro.

—¿Pero... por qué él? —preguntó Kruger, con voz incrédula—. ¿Por qué un tipo de esa clase?

Van Dollen le volvió a apuntar con el dedo.

—Como abogado que lleva muchos años metido en el mundo del hampa, deberías conocer mejor a esa clase de hombres, Kruger —susurró—. Desprecian su propia vida y desprecian la vida de los otros, no les importa reventar en una alcantarilla y lo mismo degüellan a un enemigo en las alas de una avioneta, a cinco mil metros de altura, que en el fondo de una mina llena de estiércol. Son esos tipos de los que hay muy pocos en cada país, pero que los gobiernos utilizan para sus fines especiales. Sin ellos, muchas cosas

no se entenderían.

Kruger masculló:

—¿Pero tanto les importamos nosotros a la gentecilla de Washington?

Van Dollen se puso en pie pesadamente, recogiendo su vaso de *whisky* de la mesita. Con él en la mano se acercó al gran ventanal, desde el que se veía el Nueva York elegante, el Nueva York que está por encima de Times Square y las proximidades de la Quinta, aunque sin sobrepasar los límites de Central Park. El Nueva York del dólar largo, de las empresas potentes, de los despachos con influencia. A sus espaldas, en el West Side, estaba el Nueva York podrido de la gente peleándose con los ladrones en las escaleras de sus casas. Pero eso no le importaba demasiado a Van Dollen, que desde Las Vegas a Singapur siempre se había movido en los ambientes de primera clase.

—Quizá picamos demasiado alto —musitó.

—¿Demasiado alto? —preguntó Kruger—. ¿Qué quieres decir?

—El gobierno tolera la trata de blancas que realiza la Mafia, no se mete en la industria *porno* ni aplica la ley a los corruptores de menores que tienen su imperio en California, pero nosotros, es decir, nuestros clientes, le resultamos demasiado molestos. No en vano Harvard ha hecho raptar a las mujeres más bonitas y distinguidas del país. Reinas de concursos de belleza, chicas de buena familia y todo eso. Quizá Harvard ha llegado a picar demasiado alto, o al menos lo pienso a veces.

Bebió un trago. Oyó la voz de Kruger que decía a su espalda:

—De acuerdo, pero no hay pruebas de que Harvard haga todo eso. No hay pruebas tampoco de que su organización exista. Una señal muy clara de todo eso es que con una fianza han tenido que soltarle.

—Claro que no hay pruebas. Si las hubiera, nos enviarían una citación judicial en lugar de enviarnos a un asesino como Kerrigan. Simplemente, los elementos del servicio secreto que tienen todos los gobiernos se han puesto a trabajar para combatirnos. Y en el caso que nos afecta, el servicio secreto norteamericano se llama Kerrigan.

Kruger palideció. Como abogado normal era una nulidad, pero como conocedor de triquiñuelas no tenía precio. Sabía que si un

cliente como Harvard se iba al agua, él perdería una fortuna.

—¿Crees que el gobierno ha adivinado nuestro verdadero negocio?

—musitó.

—No lo sé, pero hay pruebas de que empieza a sospecharlo. La señal es que nos envía ilegalmente a un tipo como Kerrigan. El gobierno debe saber que lo de las mujeres más bonitas de América es sólo un pretexto.

—¿Pero tú piensas que...?

—Yo pienso lo que pienso, Kruger. En el Departamento de Estado deben saber ya que por cada belleza raptada y entregada en determinados ambientes de Oriente Medio obtenemos una bonita cantidad, pero esa cantidad no cubre los gastos de una organización tan costosa como la nuestra. El verdadero negocio está en que, a cambio de esas buenas relaciones, determinados personajes de Africa y Oriente Medio nos ceden la exclusiva de la droga. Nadie tiene tanta mercancía como nosotros, tan segura y tan limpia. Ahí sí que los beneficios son fabulosos. Ahí sí que el gobierno puede pensar que le conviene enviar detrás de nosotros a un perro rabioso como Kerrigan.

Kruger quedó pensativo durante largos minutos.

Ignoraba que las noticias fueran tan graves. Se daba cuenta de que ahora que Harvard quedaba libre, los negocios podían volver a marchar al cien por ciento, pero para eso hacía falta que un tipo como Kerrigan fuese a parar a lo más profundo de la fosa.

Van Dollen musitó:

—Sé que aumento tus preocupaciones, pero hay que afrontar la realidad. Kerrigan es un tipo capaz de alcanzar los pájaros más altos de nuestra organización, y lo está demostrando. Sin embargo, es posible que muy pronto tenga buenas noticias.

—¿Qué clase de buenas noticias?

Como si fuese una premonición, sonó en aquel momento en la lujosa *suite* el timbre del teléfono.

Van Dollen lo descolgó.

Sin duda era una llamada que había estado esperando desde mucho tiempo antes, porque su cara reflejó enseguida una mueca de ansiedad. Luego la sonrisa de sus labios se fue haciendo más y más ancha, conforme se iba enterando de las noticias.

—Magnífico —dijo—, magnífico... ¿Pero es seguro?

Debieron darle una respuesta satisfactoria.

—Ahora vamos —murmuró.

Hizo una seña a Kruger.

—No vayamos en nuestros coches —decidió—. Nos vendrán a buscar dentro de un momento en un «Ford» alquilado.

—¿Pero para qué? ¿Y adónde hemos de ir?

—Tú aguarda. Ésta va a ser una gran noche para nosotros. Supongo que no te impresiona la sangre.

—A mí no me impresiona más que el dinero —dijo untuosamente Kruger.

Se puso un puro en la boca y siguió a su socio. Los dos abogados que figuraban entre los más ricos del país se largaron de la *suite* silenciosamente.

* * *

Todo el piso estaba alquilado.

El diablo sabía lo que le costaba pagar eso a la organización, pero había pasta para pagarlo y para mucho más. Las oficinas estaban bien montadas y hasta tenían un nombre legalmente registrado, que decía: «Importaciones y Exportaciones Mufford».

Pero lo único que importaba de la oficina, contando la gente que se sentaba allí durante las horas laborables a perder el tiempo, eran las ventanas que daban a la Avenida Once. Desde allí, a través de los resquicios de una casa medio derruida, se veían los grandes almacenes de la Avenida Doce e incluso un poco de las aguas charoladas del Hudson.

También se veía el sucio edificio de ladrillo gris donde sólo había un despacho con la luz encendida a aquella hora. El despacho tenía bajo la ventana un rótulo que anunciaba: «Préstamos Rápidos Gilberman».

El polvo y el abandono se habían enseñoreado de aquel rótulo y de los cristales del pestilente despacho, a través de los cuales sólo se veía brillar un poco de la bombilla. Si alguien venía a sacar dinero de un sitio así, podía estar contento de que a él no le sacaran las tripas. La verdad era que venía por allí muy poca gente con la loca esperanza de que le prestasen algún dólar.

Pero, sin embargo, había un coche abajo. Gilberman tenía un

cliente, a pesar de lo avanzado de la hora.

Van Dollen, desde una de las ventanas, enseñó el coche a su socio.

—Los chicos han trabajado muy bien —murmuró—. Les ha costado trabajo, pero han sabido que ése es el centro de aprovisionamiento de Kerrigan. Siempre que necesita dinero o instrucciones lo recibe por medio de Gilberman.

—¿Eso significa que Gilberman es un agente del gobierno?

—Claro que lo es. Es uno de los eslabones de la cadena. Los matarifes como Kerrigan no pueden ir a cobrar a la Casa Blanca, como comprenderás, y su única relación con el Departamento de Estado son los tipos como Gilberman. Ellos les pagan el sueldo, les dan todo lo que necesitan y les transmiten las órdenes del gobierno. Kruger miró el coche como si no lo creyera.

—Entonces... ¿eso significa que Kerrigan está aquí? —musitó.

—Ya te he dicho que los chicos han trabajado bien.

—No puedo creerlo...

—Lo verás cuando le veas salir. Lleva más de media hora ahí dentro.

—Oye... Supongo que no se le dejará marchar tan tranquilo. Hay que aprovechar la ocasión para...

Van Dollen hizo un gesto.

—A veces no pareces un abogado de la organización, Kruger —dijo—. No pensarás que hemos gastado tanto dinero en el montaje de estas falsas oficinas sólo para observar el panorama o para ver cómo las parejas se soban en la esquina después de las diez de la noche. Nos ha costado mucho trabajo, pero al fin sabemos que Kerrigan está ahora ahí. Y vamos a eliminarle.

—Serán dos grandes noticias... La libertad de Harvard y la muerte de ese tipo. ¿Pero cómo vais a hacerlo?

—Seguro y rápido. Sin fallos.

—¿Pero cuál va a ser el sistema?

—Dos de nuestros muchachos están abajo. Tienen un lanzallamas.

Kruger se estremeció, a pesar de que se había pasado media vida viendo los muertos causados por los «muchachos» a los que luego tenía que defender. Una ejecución con lanzallamas no la había visto nunca, pero si Van Dollen decía que estaba bien hecha, estaba bien hecha.

No hubo que esperar demasiado tiempo.

En aquel momento el pájaro salió.

Kruger lo había visto en docenas de fotografías, y sabía que era él. Estaba seguro de que era él. Pero aun así, le impresionó verle en carne y hueso y sabiendo que lo tenía tan cerca.

Aquella estatura, aquella musculatura, aquella cara de piedra le dejaron sin respiración. Jamás había visto a un tipo que se pareciera tanto a un bloque de acero puesto en marcha.

Le vio abrir con toda tranquilidad el coche en la calle desierta. Seguro que no se había dado cuenta de nada.

—¿No puede desconfiar? —balbució Kruger.

—No. Lleva viniendo aquí casi tres meses y nunca ha ocurrido nada. Está bien lejos de imaginar que hemos descubierto su fuente de aprovisionamiento.

—Pero los del lanzallamas, ¿por qué no actúan ya? ¡Se va a escapar! Tres hombres más estaban en la oscuridad de la oficina, vigilando segundo a segundo. Ninguno de ellos hacía un movimiento. Permanecieron impasibles cuando el hombre que tenía que morir se metió en el coche.

—Un tipo que se descuelga de un helicóptero e intercepta un avión en marcha —dijo Van Dollen en un susurro—, un tipo que es capaz de colarse con equipo completo, sin que nadie le vea, en la piscina del Rabat Hilton, puede escaparse si se le deja en la calle. Hay que atacarle cuando esté dentro del coche. Hay que hacer que el coche estalle. De ese modo no escapará.

En aquel momento Kerrigan se inclinó por debajo del tablier del amplio coche. Sin duda buscaba algo. Pero casi inmediatamente volvió a salir y pareció quedar unos momentos pensativo ante el volante.

Magnífico. El mismo no se debía dar cuenta de que lo estaba poniendo todo en bandeja.

Podía comenzar la cuenta atrás.

Cuatro... Tres... Dos... Uno...

Cuando se estaba llegando a los cero segundos, se produjeron dos hechos casi simultáneos. El primero de ellos consistió en la ráfaga de metrallata que destrozó casi por completo los cristales laterales del coche. Kerrigan tuvo que resultar alcanzado a la fuerza, pero las balas nunca son seguras. Se han hecho milagros con tipos acribillados y que parecían muertos.

Pero las llamas no perdonan.

Las llamas penetraron entonces vorazmente por el hueco que habían dejado las balas. Un verdadero chorro de fuego atravesó la calle.

Todo el coche se convirtió en una inmensa bola roja.

Las llamas la envolvían por todas partes.

El depósito de gasolina estalló.

El coche se convirtió en una especie de bomba.

Los hombres que estaban en las ventanas jamás habían visto una pira funeraria semejante. Hasta los neumáticos estallaron a causa de la terrible presión y el coche se hundió sobre sí mismo, aumentando la intensidad de las llamas.

El prestamista se asomó por la ventana frontera. Todos vieron su calva y sus antiparras de usurero, aunque un auténtico usurero no lo había sido nunca. Inmediatamente volvió al interior.

En la falsa oficina, un hombre estaba a la escucha de su teléfono.

Inmediatamente hizo una señal.

—Confirmado —masculló—. Está llamando al Departamento de Estado, por la línea directa. Dice que envíen a los agentes especiales de Nueva York antes de que llegue la policía. Está informando de que Kerrigan ha muerto.

Y dejó de escuchar.

No hacía falta más.

Todos los que estaban en la oficina prorrumpieron al unísono en un grito de triunfo.

Van Dollen susurró:

—¿Qué te parece, Kruger? ¿Nos vamos a cenar al Laurent? Creo que esto vale unas cuantas botellas de buen champaña francés.

Y se largaron los dos por una puerta trasera. Aquélla era una gran noche y las grandes noches deben ser aprovechadas. Aún tenía una montaña de cosas que hacer.

CAPÍTULO IV

El alcaide de la prisión de Leavenworth ordenó:

—Que en las galerías sólo queden los oficiales de servicio. Todos los reclusos, incluso los que tienen encomendadas misiones especiales, deben volver a sus celdas. Las puertas y mirillas deben estar herméticamente cerradas. No toleraré ningún fallo.

Su orden pasó de departamento en departamento, de sección en sección, hasta llegar al último recodo del penal. Todo el mundo hubo de volver a sus cubículos y sólo una docena de oficiales bien seleccionados quedaron fuera de las celdas.

El silencio en Leavenworth, una de las más antiguas prisiones de Kansas, fue angustioso durante largos minutos.

Pero de pronto se empezó a oír aquel murmullo. Era un murmullo lento, denso, compacto, que avanzaba poco a poco hasta hacerse abrumador. Docenas y docenas de manos desnudas golpeaban las puertas, las ventanas, todo lo que tenían a su alcance, para indicar al alcaide que se daban cuenta de lo que iba a ocurrir. Que los hombres de Leavenworth aún estaban vivos.

Claro que sabían lo que iba a ocurrir.

Sam Burén iba a dar su último paseo.

Ya le debían haber puesto las cinchas cargadas con plomo, para que pesase más y se rompiera antes el cuello al caer por la trampilla.

Por primera vez en muchos años iba a ser ejecutada en Leavenworth una sentencia de muerte.

Los gritos arreciaron.

Los golpes también. Todas las puertas y todas las ventanas parecieron ir a hundirse.

Sam Burén fue sacado de la celda.

Habían tenido que drogarle para que pudiese andar. No tenía valor para afrontar su último paseo.

El propio verdugo le dijo con desprecio:

—No tienes ni pelotas.

Sin embargo, fueron muy rápidos con él, mientras en la prisión se hacía un denso, un angustioso, un repentino silencio. Los reclusos

tenían para eso un fino instinto, sabían —sin necesidad de ver nada— cuándo había llegado el momento final. El silencio se empezó a hacer desde el instante en que Burén subió las escaleras del patíbulo.

El verdugo lo despachó rápido.

Nada de discursos ni de ceremonias. Cuanto antes se terminen los trabajos molestos, mejor. El cuerpo del ahorcado permaneció inedia hora expuesto, hasta que se cumplieron todas las formalidades de rigor, y luego fue metido en un ataúd de madera blanca y sacado de la prisión para hacer entrega de los restos a la familia. En contraste con el ataúd de color claro, el furgón en el que salió era inmaculadamente negro.

Rodó a poca distancia de la prisión.

Era noche cerrada y estaba cayendo una fina lluvia.

El alcaide, que iba junto al conductor, dijo:

—¡Alto!

Las ruedas sisearon un poco al frenar. A la luz de los faros de las dos motos que le seguían, el furgón tenía un aspecto espectral y como surgido de lo más profundo de un aquelarre. Las puertas posteriores se abrieron. Todos pudieron ver entonces el ataúd de madera blanca.

Dos hombres saltaron desde el interior. Ambos eran altos y fuertes. Uno vestía uniforme de la penitenciaría, pero el otro usaba ropas civiles rematadas por un impermeable y un sombrero negro.

El alcaide dio vuelta al furgón.

Miró al más alto de los dos hombres que acababan de bajar.

—Tus deseos están cumplidos —dijo—. Has quedado en libertad de la forma que tú querías, Harvard.

Una suave sonrisa flotó bajo el sombrero negro.

—Gracias, alcaide. Mi organización se lo sabrá pagar.

—De tu organización no necesito nada, pero tampoco me cuesta gran cosa complacer a un preso. Siempre que puedo, lo hago.

—En este caso es un gran favor, alcaide. No quiero que nadie se entere de que he quedado en libertad, y mucho menos la prensa. Podría organizarse un gran escándalo si se supiera en el país que me habían dado suelta.

—Eso no me importa, Harvard. Si la prensa llega a saberlo, no será por mí.

—Llegarán a saberlo, claro, pero tardarán al menos una semana y mientras tanto yo podré hacer muchas cosas. Por lo pronto necesito descansar en cualquier sitio donde no me encuentre nadie, y menos los periodistas. Tengo que pensar en tantas..., ¡en tantas cosas!

Bajo su sombrero negro seguía flotando aquella sonrisa enigmática, extraña.

El alcaide preguntó:

—¿Ni siquiera tus abogados van a saberlo, Harvard?

—Mis abogados han conseguido la libertad bajo fianza y, por lo tanto, saben que voy a salir, pero ignoran que he salido hoy. Les llamaré desde el sitio en que esté descansando.

Hizo un leve saludo con la mano y se alejó.

Era un tipo bien raro, la verdad.

Con tanto bulto que hacía y le bastaban diez segundos para desaparecer como una sombra.

Aquel tipo silencioso se alejó bajo la fina lluvia y se metió en el café que había a poca distancia de allí, en el cruce de carreteras. Poco tiempo antes aquello había estado lleno de periodistas, pero ahora los pajarracos de la prensa estaban todos dentro de Leavenworth, enviando a toda prisa sus crónicas sobre la primera ejecución en la horca que en muchos años había tenido lugar en Kansas. En la gran barra del bar no había absolutamente nadie, si se exceptuaba a dos taxistas que esperaban pacientemente, en una noche como aquélla, que cayese algo de clientela.

Y cayó.

Después de beberse un *whisky* doble, el hombre vestido de negro dijo a uno de ellos:

—Quiero ir ahora mismo a Kansas City. Pago por adelantado y no discuto el precio.

El taxista le llevó bajo las nubes cargadas de lluvia. No estuvo tranquilo hasta que le dejó en la capital, horas más tarde, porque hubo momentos en que estuvo seguro de que aquel tipo iba a atracarle en mitad del camino.

El hombre tomó otro taxi y fue al aeropuerto.

Parecía haberse trazado cuidadosamente un plan de acción.

Desde allí tomó el último vuelo regular para Nueva York. No tuvo inconveniente en mostrar su documentación a nombre de Harvard, porque no tenía otra. De todos modos, la empleada no le mostró la

menor atención.

Pero las listas de pasajeros pasaban por muchas manos.

Bueno, son cosas que ocurren.

Había que confiar en que no metería las narices en ellas ningún hijo de zorra de la prensa.

Llegó a Nueva York cuando ya era de día. Compró en el aeropuerto el *New York Times* y miró en una de las últimas páginas la foto del coche incendiado.

«El hecho ocurrió anteayer, pero hasta ahora no nos ha sido posible obtener para nuestros lectores la fotografía, debido a la prohibición policial. Como se ve, la ley no impera ya en ningún rincón de nuestra ciudad y los asesinos emplean incluso lanzallamas. ¿Cuándo, señor jefe de policía, dispondrán también de carros de combate?».

En el rostro del hombre no hubo la menor expresión cuando cerró el periódico. Claro que tampoco era fácil ver allí gran cosa, porque se había puesto unas gafas oscuras bajo el sombrero negro.

Fue a Lexington Avenue, a la altura de la calle Treinta y Dos.

Mal sitio aquél, tan cerca de los barrios bajos, pero resultaba un excelente refugio para casos de emergencia, y el hombre no había abandonado la llave jamás. Fue la primera cosa que le entregaron en Leavenworth al darle la bolsa con sus cosas.

Las dos habitaciones necesitaban una buena limpieza pero en ellas se podía subsistir. Incluso había un refrigerador que podía volver a funcionar, muchas latas y, muchas botellas. También, en el doble fondo de un armario, había un magnífico rifle calibre 22 con sesenta balas.

El liberado de Leavenworth bebió un *whisky* doble y durmió. Era lo que más necesitaba.

Estuvo durmiendo hasta las cinco de la tarde. Luego descolgó el teléfono y marcó el número de una de las oficinas legales más lujosas y más caras de toda la costa atlántica, desde Boston hasta Houston, que es la zona donde se cocinan y se machacan todos los negocios del este del país.

—Kruger —pidió.

—¿De parte de quién? —preguntó la secretaria.

—Dígale solamente que soy el número uno.

Kruger se puso perdiendo el culo. Por su modo de hablar, debía de estar limpiando el auricular con la lengua.

—Pero Harvard..., ¡estás loco! ¡No debías haber venido a Nueva York sin decírmelo! ¡No puede ser!

—Necesitaba huir de los periodistas y tú los atraes como las moscas, Kruger. Para eso nunca has tenido habilidad. No los esquivas. Y lo que yo menos deseo en el mundo es que me hagan preguntas o se desate una campaña de prensa.

—¿Cuándo saliste de Leavenworth?

—Ayer.

—Hubo una ejecución...

—Sí.

—Oye, Harvard, dime dónde puedo ir a verte.

—Nada de verme. Necesito estar solo unos días y situarme de nuevo en el ambiente. Haré unas cuantas llamadas para ponerme otra vez en contacto con la gente, pero sin ver todavía a nadie. Necesito pensar.

—Te enviaré a alguno de los muchachos para que te proteja.

—¡Mierda! Después de lo que ocurrió, no me fío ya de ningún «muchacho». Recibirás órdenes, pero mientras tanto límitate a hacer estrictamente lo que te digo. Por lo pronto, nadie debe saber que estoy en Nueva York.

Kruger perdió su habitual educación cuando dijo:

—Mierda también para ti, Harvard.

—No te entiendo.

—Esta vez no has acabado de hacer las cosas bien, Harvard. Diste tu verdadero nombre al tomar el billete de avión. Eso se ha hecho público.

—No me quedaba otro remedio, porque el dinero que me dejaron sacar de la prisión era muy escaso y hube de usar una tarjeta de crédito.

—Perfecto, pero hasta en estas listas insignificantes mete a veces las narices la prensa. Dos emisoras de radio han dicho ya que tu pista se encuentra en Kansas City y se pierde en Nueva York. En este momento docenas y docenas de reporteros te están buscando por la

ciudad. ¿Me entiendes, Harvard? ¡Docenas y docenas!

Hubo al otro lado del hilo una leve vacilación.

—Mejor —dijo la voz—. Cuanta más gente me busque, más noticias falsas rodarán y más tardarán en encontrarme. Pero eso refuerza mi deseo de no moverme de aquí bajo ningún concepto. Tú y Van Dollen recibiréis mis órdenes.

—Van Dollen ha vuelto a San Francisco...

—Lo suponía. Ahora le llamo.

—Oye..., Harvard... ¡No cuelgues, oye!

—¿Qué pasa?

—No hubo tiempo de decírtelo, pero la gente de la ciudad ha trabajado bien. Compra el *New York Times* y fíjate en una foto que representa un coche convertido en chatarra.

—Lo he visto ya.

—¿Sabes quién iba dentro?

Sonó una risita corrosiva y lenta.

—En efecto, han trabajado muy bien —dijo—. Tendrán una buena recompensa, pero las cosas no han terminado todavía.

—¿Que no han terminado? ¿Qué quieres decir?

—Ha muerto Kerrigan, pero los tiburones del Departamento de Estado han puesto a otro buitre tras nuestra pista. Tuve una confidencia en la cárcel, de parte de un agente federal a quien tuvieron detenido una noche por una falta de tráfico. Fue antes de que reventara Kerrigan. Ya pensaban sustituirle porque estaba muy quemado, y ahora que está echándoles miguitas a los ángeles es seguro que han puesto al otro en su lugar. Te diré su nombre.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Brenner.

Kruger vaciló un momento al otro lado del hilo.

—Presumo de conocer a todos los agentes especiales del gobierno

—dijo—. A éste nunca le oí nombrar.

—Precisamente por eso es más peligroso.

—¿Qué sabes de él?

—Que al menos debe ser tan bueno como Kerrigan, ya que pensaban cambiarlo. Hay que avisar enseguida a algunos de nuestros puntos más importantes. ¿Dónde está Franciosa?

—¿Crees que va a por él?

—No lo sé, pero hay que avisarle. ¿Dónde está?

—Desapareció después del asunto de *miss* América. Tiene miedo. Pensó estar fuera de la circulación una temporada, pero ahora que Kerrigan ha muerto saldrá otra vez. Bueno... si tú no dices lo contrario.

—¿Salir y encontrarse de narices con Brenner? No, nada de eso. Necesito a Franciosa y no quiero que corra riesgos estúpidos. Yo mismo le avisaré. Dime dónde se le puede encontrar ahora.

Kruger le dio un teléfono y una dirección de Long Island.

Luego colgó.

El abogado lanzó un suspiro de alivio.

Bueno, ahora que el gran jefe estaba en la calle, las cosas volverían a rodar como en los buenos tiempos.

Al cien por ciento.

Y él no iba a escupir sobre el dinero, ahora que las cosas se ponían cachondas.

CAPÍTULO V

El jefe del Precinto que abarcaba toda la zona de South Brooklyn miró el cadáver y dijo con entonación incrédula:

—No puede ser...

El forense le miró con expresión concentrada.

—¿Por qué no puede ser, capitán? —preguntó.

—Éste no es un ambiente adecuado para Franciosa. Franciosa era un tipo que se movía entre conejitas del *Playboy* y se alojaba en los mejores hoteles del país, encargando siempre los mejores mentís y pagando las bebidas más caras. No se entiende que haya venido a parar a un sitio como éste, a un viejo barco desguazado. Y menos se entiende que su cuerpo ya esté medio comido por las ratas.

El médico dijo:

—Sin embargo, sólo lleva un día muerto.

—Pero esto es peor que una alcantarilla —dijo el teniente Mulligan, apareciendo de pronto en el interior de la bodega—. Oiga, capitán, ¿va a decir algo de esto a la prensa?

—No me quedará otro remedio.

—Le preguntarán que quién ha podido atraer a Franciosa a un sitio tan miserable como éste. No era su ambiente, ni mucho menos.

—Eso es lo mismo que digo yo. Por lo tanto, no tengo idea de cómo voy a contestarles a eso.

—Le han matado con una barra de hierro, ¿no?

—Eso es. Le han hundido la cabeza.

—¿La barra estaba en el buque?

—Sí. Las hay a docenas.

—Si en vez de encontrar el cuerpo de Franciosa hubiéramos encontrado el cuerpo de un vagabundo —dijo el teniente—, la cosa estaría muy clara... Una pelea entre hampones y en paz. Pero que un multimillonario como él aparezca en un sitio tan absolutamente podrido es algo que no encaja.

El capitán se encogió de hombros.

—No —dijo simplemente.

Y se largó de allí mientras empezaba a buscar algunas respuestas

lógicas para las preguntas que le harían los periodistas. No le importaba que las respuestas reflejasen la verdad o no. Sólo le importaba que fueran lógicas. Lo demás... ¡al diablo!

Subió a su coche y regresó al Precinto. Mientras tanto repasó las últimas fichas sobre Franciosa, aunque las sabía de memoria y no las necesitaba.

Rey del reparto de la droga en todo el Estado de Nueva York. Un volumen de negocios «limpios» de veinticinco millones al año, lo cual significaba que el volumen de negocios sucios había que multiplicarlo por siete. Toda la oficina legal de Kruger trabajando para él. Ramificaciones, agencias, abogados y sobornos en todas las ciudades de la costa atlántica. Delegaciones conocidas, pero contra las que la policía no podía nada, en Beirut, El Cairo, Adén, Riad, Calcuta...

Y por encima suyo un solo hombre: Harvard.

Harvard, el dueño absoluto de todo. El dios.

Cuando supiera que su primer lugarteniente había muerto, la venganza desencadenada sería terrible.

Se avecinaban días negros para la policía de Nueva York.

—Vamos —dijo con voz opaca a su chófer—. Nos espera mucho trabajo.

* * *

También trabajaba Van Dollen en su lujosa oficina de San Francisco. También estaban constantemente ocupados todos los teléfonos de su delegación de Los Angeles.

Desde lo alto del *building* en forma de pirámide se divisaba la bahía, la zona de Berkeley, el Golden Gate, Alcatraz, los barcos que entraban y salían de uno de los puertos más ricos de América. Para llegar hasta allí, hasta la punta de la pirámide, había que ser rico, poderoso, audaz; había que alcanzar todos los bienes de este mundo. Sólo entonces podía uno extasiarse ante aquella vista que representaba el cénit del éxito. Pero maldita fuera la leche si Van Dollen pensaba en eso ahora.

Los teléfonos no sonaban, rugían. El poderoso jefe de todas las oficinas jurídicas de la costa atlántica no paraba de contestar a los excitados agentes que pedían noticias.

—Tú estás muy cómodo ahí —le decía uno de los distribuidores de la droga y administradores de la trata de blancas en la zona de San Diego—. Se vive de cojones en esas oficinas donde, nada más que entras, los conserjes te limpian los zapatos con la lengua. Pero para nosotros las cosas se están poniendo difíciles, Van Dollen. Desde que los chicos trincaron a Kerrigan no se puede dar un paso más abajo de Santa Mónica. Se ve que los de la *bofia* lo han tomado como cosa personal. Te encuentras tíos con uniforme y pistola hasta debajo de la cama.

—Todo pasará —le susurró Van Dollen—. De momento hay que conservar la calma. Suspended las operaciones y ateneos solamente a los negocios legales. Hay que esperar instrucciones del número uno.

—¿Pero es cierto que Harvard ha salido? Ha empezado a comentarse por ahí. En el Strip lo decían esta madrugada.

—Claro que ha salido. ¿No oyes la radio? Dos emisoras han dicho ya incluso que su pista se perdía entre Nueva York y Kansas City.

—¿Y dónde está ahora?

—En algún sitio de Nueva York, pero no quiere que se le moleste.

—Oye, yo soy de los pocos que tienen autoridad para pedirle una cita. Empecé con él repartiendo mandanga en Beverly, de modo que ya dirás si nos tenemos confianza. Dime dónde para y tomo el primer vuelo para el Kennedy. Necesito que me diga qué se hace en mi zona, que se está poniendo jodida.

—El que dice lo que se hace en tu zona soy yo... —masculló Van Dollen—. No olvides que soy el jefe de todas las oficinas legales de la costa.

—Es fácil hablar así cuando se tiene el culo bien guardado, Van Dollen. ¿Quién te da noticias?

—Kruger.

—La madre de Kruger.

—La tuya.

—Me olvidaba de una, Van Dollen.

Antes de que aquel tipo le dijera de qué madre se estaba acordando. Van Dollen colgó. Ya imaginaba la madre que era.

Todas las llamadas acababan igual.

Suspiró con cansancio.

Ser un abogado prestigioso, mover los hilos de más de veinte

oficinas jurídicas, cinco editoriales dedicadas a la publicidad, al automovilismo, al turismo y a la *porno*, más de ochenta clubs, siete hoteles, docenas y docenas de expendedores de mandanga distribuidos en toda la costa del Pacífico..., todo ese imperio que era una montaña de oro, ¿para qué servía si tenía que aguantar a determinados tipos? Porque la organización de Harvard se nutría de gente de baja estofa, eso estaba claro. Y él, a veces tenía que dirigirla.

Van Dollen pulsó un timbre.

Necesitaba calmarse un poco.

La chica entró.

Era una auténtica maravilla, y encima con cara de ingenua. Había empezado como modelo a los dieciocho años y ahora sólo tenía diecinueve. Con aquella belleza, con aquella juventud y con aquellas ganas, llegaría lejos.

Van Dollen gruñó:

—Necesito encargarte algo.

La chica ni se inmutó.

—De acuerdo, señor.

Van Dollen descolgó otro teléfono.

—Que nadie me moleste, Katty.

—Bien, señor.

—¿No estoy para nadie, si vuelven a llamarme?

—¿Ni para el señor Kruger?

—Para el señor Kruger, sí. El único.

El teléfono sonó de pronto.

Van Dollen lanzó un grito.

—¡Mierda!

Pero hubo que descolgar. Por supuesto, era Kruger. El gordo abogado de Manhattan hablaba con voz tensa:

—Oye, Van Dollen, ¿ya sabes la noticia?

—Me han dado miles de noticias últimamente, pero no sé a cuál te refieres. ¿Qué pasa?

—Han matado a Franciosa.

—¿Qué...?

—¡Franciosa!

Van Dollen no podía creerlo.

—Le han descubierto en la bodega de un barco en el desguace —

informó Kruger—. Absurdo, muchacho, absurdo... Un tipo fino como Franciosa jamás hubiera acudido a un sitio así de no ser por un motivo muy grave.

El caso es que todo se está complicando de tal manera que hay que tomar alguna decisión.

—¿Quién conocía la dirección de Franciosa?

—Tú, yo, Oscar y últimamente Harvard. Después de la estancia en Leavenworth había perdido el contacto y me preguntó por su paradero. Quería avisarle de que algún peligro se cernía sobre él.

—Tú, yo, Oscar, Harvard... Nadie es sospechoso... —dijo Van Dollen, pensando en voz alta—. ¿Quién crees que ha podido dar con él?

—La cosa está clara. El propio Harvard, que lo sabe todo, me dio el nombre.

—¿Ese agente especial del que me has hablado?

—Sí, ése. Brenner.

—He estado moviendo a todo el mundo por la costa del Pacífico. La gente ha pateado las calles hasta arrastrar la lengua. Y ni su puerca madre conoce a Brenner. Nadie.

—Razón de más. Tiene que ser un tipo de primera clase al que han estado preparando durante mucho tiempo para sustituir a Kerrigan, y ahora que a Kerrigan lo hemos dejado al *ast* dentro de su coche, han adelantado la operación. Seguro que no hay ficha de él ni nada. Hasta que dé un nuevo golpe no podremos averiguar su identidad.

—Hasta que dé un nuevo golpe.

—Sí. Y me doy perfecta cuenta de lo que eso significa. Habrá al menos un nuevo muerto y ese muerto podemos ser tú o yo. No es que tenga muchas esperanzas, pero hay que seguir investigando hasta que aparezca algún rastro de ese tipo.

—Kerrigan, al menos, estaba controlado...

No hubo respuesta.

La comunicación se cortó.

Van Dollen echó un poco la cabeza para atrás, mientras cerraba los ojos y pensaba en aquel nuevo y desconocido peligro que se cernía sobre la organización. Franciosa muerto... Era una noticia que le hubiera parecido increíble dos semanas antes, pero ahora se había convertido en una sórdida realidad. Eso significaba que tenían que hacer algo.

Franciosa muerto...

El pensamiento, al dar vueltas en su cabeza, dejaba en ella una extraña zona de sombras, pero en esa zona de sombras se encendía y apagaba una lucecita. Van Dollen no acababa de ver nada con ella, maldita fuera. Sin embargo, la lucecita estaba allí.

La chica, que seguía esperando, preguntó:

—¿He de seguir esperando, señor?

Van Dollen, que ya no daba importancia a nada, dijo aburridamente:

—Claro. Continúa... ¿Para qué crees que te pago?

CAPÍTULO VI

Los periódicos ingleses habían dado la noticia con moderación, pero las revistas especializadas la recogieron en grandes titulares, y además se hincharon de publicar fotos. La televisión le dedicó un espacio de tres minutos el miércoles y otro de seis el jueves, lo cual era el colmo teniendo en cuenta que la publicidad andaba floja y aún no había patrocinador para el programa. En el Soho, en los círculos *punk*, en los alrededores de Trafalgar Square y de Piccadilly, donde aún impera el viejo Windmill, no se hablaba de otra cosa.

La gran triunfadora del Festival de la Belleza de Brighton había sido una desconocida llamada Sue Mills.

Brighton ya no es lo que era y la gente con pasta larga yo no va allí, pero sus festivales siguen teniendo prestigio en el mundo de la belleza, del arte y la industria de la diversión, que se ha transformado en pocos años en una de las más importantes del mundo. Una nueva cara y un nuevo culo, si las dos cosas son de primera categoría, pueden dar millones a las revistas amarillas, a las agencias de publicidad, a las casas de cosméticos y a los fabricantes de prendas íntimas. Si la chica, además, canta, los millones pueden rondar también cerca de las casas de discos. Todo esto durante varios meses, un año quizá, hasta que una nueva estrella sustituye a la antigua.

Pero en el caso de Sue Mills pasaba algo más. Había peces gordos que la promocionaban. Si el jurado de Brighton estuvo sobornado no lo sabía nadie, pero lo cierto fue que a la chica la lanzaron en gran plan. Debía estar contratada ya para una agencia publicitaria internacional, porque inmediatamente se habló de ella en el *Chicago Tribune*, en el *New York Times*, en el *Boston Gazette* y hasta en un rinconcito del *Wall Street Journal*. Eso y anunciar su viaje a América fue todo uno.

Sue llegó a Houston dos días después de que todos los capomafiosos que trabajan en las tierras del tío Sam asistieran nada menos que en San Patricio a las solemnes honras fúnebres por Franciosa. Abogados como Kruger y Van Dollen, que habían llevado los

asuntos legales del muerto, lucieron sus corbatas negras en primera fila. Se desplazó gente de Los Angeles, de Boston, de Chicago, de Dallas, de Detroit, y sobre todo de Las Vegas, donde tienen su puesto los que han llegado más alto a la pirámide del vicio.

Gran parte de ese cortejo fúnebre se dio una vuelta por el hotel Pierre, donde tuvo lugar la presentación oficial de la nueva estrella. Los halcones de las variedades, del juego, de la publicidad y hasta de la prostitución a gran altura, no perdían ocasión de examinar de cerca unos nuevos labios y unas nuevas tetas si eso había de dar pasta larga. Y enseguida adivinaron que Sue Mills la daría.

Las americanas pueden ser explosivas, pero las inglesas, además, tienen clase. Y Sue la tenía. Hablaba con soltura cuatro idiomas, se movía bien, sabía danza y contestaba a las preguntas de los periodistas con una soltura y un ingenio que muchos políticos ya hubieran querido para sí. Kruger, que estaba tomando un cóctel al fondo de la sala, dijo a uno de sus hombres:

—De esa chica oiremos hablar.

Y tanto que oyeron hablar.

Sue Mills desapareció al día siguiente.

* * *

La cosa resultó absolutamente vandálica.

A Sue la habían instalado —por cuenta de una agencia de publicidad que promocionaba el gran *Girls Show* de Las Vegas— en uno de los apartamentos más altos y lujosos que hay en la zona de Columbus Circle. La primera noche posó para los fotógrafos, y la segunda sostuvo tantas entrevistas para la prensa y la televisión que muchos pensaron que iba a convertirse en la mujer más famosa de América. La estaban promocionando tan aprisa que a veces daba vértigo.

«Mientras no se estrelle...», pensaban los entendidos.

Y se estrelló. La segunda noche de estar en su apartamento, una especie de vendaval diabólico pasó por allí. La criadita mulata que la acompañaba fue lanzada al vacío desde veinte pisos de altura. Los muebles quedaron completamente destrozados. La lucha debió ser feroz, pero al fin se llevaron a Sue. Había en todas partes pequeñas manchas de sangre porque la chica debía haberse

defendido hasta el fin, con las uñas. La policía calculó que allí habían intervenido, al menos, cuatro hombres.

Finger, jefe de detectives de la Brigada Especial, se metió de lleno en el caso y detuvo a más de setenta sospechosos en una sola noche. La redada por los barrios bajos de Nueva York, por ciertos chalets de Long Island y por algunos sitios de Jersey City, resultó tan espectacular como el desembarco de Normandía. Sólo faltó que intervinieran los tanques. No menos de cinco pistoleros que tenían otras cuentas pendientes con la ley, ofrecieron resistencia a tiros y fueron convertidos en unos coladores que no reconocerían ni sus madres.

Pero el informe de Finger fue pesimista, transcurridas las primeras veinticuatro horas. Se resumía en estos cuatro puntos:

Primero: Sue Mills, debido a una desaforada campaña publicitaria, se había convertido en una verdadera figura nacional. Su desaparición interesaba al gran público y, por lo tanto, había que obtener resultados rápidos.

Segundo: Las circunstancias salvajes y desafortunadamente criminales en que se había producido su rapto, habían despertado la ira popular. Si la policía fracasaba, sería atacada despiadadamente.

Tercero: Las investigaciones en los ambientes normales, incluso en ambientes de gran altura, no daban resultado alguno.

Cuarto: En consecuencia, Sue había sido raptada por un grupo con fuertes conexiones internacionales, posiblemente por criminales reclutados fuera del país.

Este informe era secreto, pero pronto se filtraron algunos detalles para la prensa. Y la misma mañana en que se publicaron los primeros comentarios, Kruger telefoneó a Van Dollen.

Éste daba instrucciones a alguien que estaba en el antedespacho.

Descolgó el teléfono de mala gana.

—Sí, Kruger... Siempre llamas cuando estoy más ocupado. Dime.

—Quiero informarte de que todo sigue igual. Harvard ha cambiado de refugio, porque los chicos que tengo en el control telefónico me han dicho que la voz llegaba desde un sitio distinto, pero continúa sin querer ver a nadie. Por lo que sé, ha repartido órdenes entre algunos distribuidores importantes, como por ejemplo Ullman.

—Ullman no es un distribuidor, sino un ejecutor —le corrigió Van Dollen—. Dirige en el centro del país nuestro equipo de torpedos.

—Bueno..., ¿eso qué importa? De todos modos se ha puesto en contacto con él. Supongo que prepara alguna operación de gran envergadura.

Van Dollen arqueó una ceja.

—¿Qué operación? —preguntó.

—No sé decirte. A Harvard le gusta hacer las cosas a su modo. Pero mis contactos me han dicho que entre la delegación de jeques del petróleo que ha venido a discutir los nuevos precios con el gobierno norteamericano, hay algunos tipos a quienes gusta mucho la carne fresca. La policía ha tenido que intervenir, pero con mucha discreción, en el caso de uno que casi destroza a una jovencísima prostituta en su hotel. Quizá alguno de ellos estaría dispuesto a firmar un contrato de distribución de polvo de nieve y a pagar, encima, una bonita suma por una chica de primerísima fila.

—¿Estás pensando en alguien al decir eso, Kruger?

—Sí. En Sue Mills.

—Harvard no ha hecho eso. Tú y yo lo hubiéramos sabido.

—Quizá ha cambiado de táctica. Quizá no se fía de nosotros o quiere poner a prueba a otros elementos. ¿Por qué, si no, ha querido ponerse en contacto directo con un tipo como Ullman?

—¿A qué viene eso?

—La criada lanzada al vacío desde un piso veinte. Los destrozos en el mobiliario. La manera salvaje de actuar. Es el *estilo* de Ullman.

Van Dollen dijo en voz baja:

—Llama a Harvard y pregúntaselo.

—No puedo. No tengo su teléfono. Además, tú sabes muy bien que las preguntas las hace él. No tolera que los otros se las hagan.

—Te entiendo, Kruger. Estaremos atentos.

Y colgó.

El abogado millonario salió.

Se permitió bajar en el ascensor privado desde lo alto de la gran pirámide donde estaba su despacho, a las profundidades del *parking* donde estaba su coche.

Fue hacia él.

Vio sentado a Peter.

Buen chico el tal Peter, un chófer cabrón donde los hubiera. Estaba perdiendo los modales y ya no se levantaba a abrirle la puerta cuando le veía venir.

—¡Eh, tú! —dijo, bruscamente, Van Dollen.

Mierda.

El chófer ni se movió.

Van Dollen fue a zarandearle y de pronto la mano se le quedó helada a través de la ventanilla.

Porque la sangre aún corría por el immaculado uniforme gris marengo. Le habían metido la daga florentina hasta el fondo del corazón; una daga trabajada en plata. Peter no había podido ni parpadear.

Y entonces el abogado oyó aquella voz. Venía del coche que estaba situado a su espalda.

—No te muevas, Van Dollen.

—Hay gente al otro lado del *parking*. ¿Qué... qué pasará si grito?

—Que será como si cantases en tu propio funeral, macho. A ti la daga te la meteré por el culo.

Van Dollen ni respiró.

Se olvidó instantáneamente de la gente que estaba al otro lado del *parking*.

—¿Quién... quién eres? —balbució.

—Brenner.

El solo nombre hizo que se estremeciera hasta la columna vertebral del millonario.

—No sabía que... que te hubieran puesto detrás de nuestra pista —balbució.

—Claro que lo sabes. Sabes perfectamente que sustituyo a Kerrigan.

—Por lo que afecta a nosotros... Puedes hacer lo que te dé la gana. Todo es legal. En cambio, tú vas a pagarlo caro, Brenner. Eres un policía y has asesinado a un hombre.

Sonó a su espalda una risita siniestra y lenta.

—¿Sí? Para los años que llevas de abogado, eres demasiado inocente. Van Dollen. ¿Quién te ha dicho que Kerrigan fuese un pistolero como los otros? ¿Quién te ha dicho que lo soy yo?

—De... de acuerdo. Todos sabemos que Peter iba siempre armado hasta las orejas y que su muerte puede estar justificada. ¿Qué quieres de mí?

—Saber dónde está Harvard.

—El gobierno lo tenía en la cárcel y lo soltó. Mientras se presente cuando le citen, puede disfrutar de la libertad provisional y vivir

donde le dé la gana. No sé a qué viene esa pregunta.

—Muy bien. ¿Y dónde le da la gana de vivir? Quiero saberlo.

—No tengo ni idea. Te juro que no tengo ni idea, Brenner. Te lo juro.

Era sincero. El sitio donde estaba viviendo Harvard no lo sabía ni Kruger. Y debió palparse aquel tono de sinceridad en su voz, porque el otro no insistió.

—De acuerdo, entonces dime otra cosa. Quiero conocer la dirección de Ullman.

—Es... es curioso.

—¿Qué es curioso?

—Harvard también preguntó por él.

—Lo sé. Mis chicos pudieron tener intervenido durante unos minutos el teléfono de Kruger y atraparon la dirección, pero cuando fui a acabar con Ullman, éste había desaparecido. Dime dónde puedo dar con él.

Van Dollen se estremeció de nuevo. Había un cierto tono siniestro en la voz que vibraba a su espalda. Y decidió que él era demasiado importante para jugarse la piel queriendo salvar una piel tan miserable como la de Ullman. No valió la pena.

—Si está asustado por alguna razón y se ha largado del país —musitó—, sólo puede haber ido a un sitio: Marruecos. Tiene allí un refugio para casos de emergencia.

—¿Dónde?

—El hotel Europa, de Agadir.

La voz siniestra musitó:

—Agadir debe tener un cementerio muy hermoso.

—¿Qué... qué pretendes?

—Preguntarte otra cosa. Quiero saber si vosotros habéis tenido algo que ver con la desaparición de Sue Mills.

—Te... te aseguro que no.

—¿Ullman puede haber obedecido órdenes directas de Harvard, sin conocerlo vosotros? ¿La puede haber raptado él?

—No lo sé.

—¿A Sue Mills pueden haberla enviado ya a cualquier emirato del Golfo Pérsico?

—¿Por qué me preguntas eso? *¡No lo sé!*

La voz opaca dijo a su espalda:

—De acuerdo, macho. Sigue sin volverte. Y si gritas aunque sólo sea un poco, te saco hasta el apéndice.

Van Dollen se estremeció hasta los huesos.

Nunca había sentido un dolor tan terrible.

Claro que no se volvió.

Tuvo la sensación de que no iba a poder sentarse en seis meses.

Lo de la daga florentina en el culo no había sido una broma.

Y eso que sólo entró un poco de la punta...

CAPÍTULO VII

Si usted se deja caer alguna vez por Agadir, en la costa atlántica de Marruecos, se encontrará con unas playas inmensas y donde no hay un alma, con unos hoteles dignos de la mejor tradición occidental, con unos cafés tranquilos donde ver pasar el tiempo y con la inevitable avenida de Mohamed V donde se alinean las tiendas de lujo. Todo en Agadir es nuevo, después del terremoto que asoló la ciudad, y aún se puede respirar allí la paz del sitio donde no se amontonan los turistas. Bastantes ninfas inglesas, que están borrachas al segundo día de llegar, deambulan por los salones de los hoteles o las terrazas de los cafés. Una cierta atmósfera de placidez y de vicio quieto se va pudriendo bajo el sol. En Agadir las tardes dulces no terminan nunca.

Y eso mismo debía pensar Ullman cuando se ajustó los tirantes, en la habitación de la planta baja del Europa, y dirigió una última mirada a la chica que le había dado media hora de placer. Los anchos tirantes produjeron un chasquido y desde ellos la cara de Carter pareció sonreír, porque eran de esos tirantes que se regalan en las convenciones del Partido. Luego Ullman se acarició los sólidos bíceps por encima de la camisa, se preparó un *whisky* doble y dijo:

—*Go out, bich.*

No podía decirse que fuese un tío muy fino.

Pero la *bich*, que ya había cobrado, obedeció. Además no tenía el menor interés en continuar porque en media hora, la pobre, llevaba lo suyo. Aquel tipo era un tigre.

Ullman salió a los jardines.

Buen sitio aquel..., ¡qué narices!

Cada vez que su instinto le decía que tenía que largarse de Estados Unidos, él volaba dando un rodeo a aquel rincón perdido del mundo, donde era imposible seguir su pista. Nombre falso, pasaporte falso, dirección falsa... Sólo los dólares y las ganas de pasarlo en grande eran auténticos. Y dólares no le faltaban a un tipo como Ullman, que cobraba a precio de oro cada muerto.

Y esta vez su instinto le había dicho que debía largarse de Estados Unidos.

Salió a fumar a la terraza.

Estaba anocheciendo suavemente, pero aún había luz. Desde la *boite* del hotel llegaban las suaves notas de una música. En los jardines situados casi frente al mar, no se veía a nadie.

Ullman encendió un porro.

La marihuana que venden en Marruecos es, con mucho, la mejor de Africa. Ciertamente que muchos traficantes han sido detenidos y algunos han ido a parar a la terrible cárcel de Kenitra, pero la droga sigue circulando cuando no va destinada al *consumo nacional*. Ullman dio dos largas chupadas mientras sentía como si aquel porro, que era pura dinamita, le estallara en la cabeza.

La vida era maravillosa.

Cuando aquella sensación de peligro cesara, volvería a Estados Unidos. Le había ocurrido otras veces. Todo parecía marchar bien cuando, de pronto, su instinto de fiera agazapada le decía que había que emigrar. Y poco antes, su instinto le había hablado, pero esa molesta sensación de peligro estaba desapareciendo. La calma de Agadir le caía bien.

Rodeado de soledad como estaba, sonrió.

No vio la cuerda que bajaba hasta su cabeza.

No se enteró de que estaba allí el lazo.

De que aquello era igual que la horca.

No se enteró de nada hasta que el nudo corredizo hubo pasado por su garganta y tiraron de él. Fue una cosa brusca, repentina, atroz. El tipo que estaba en lo alto del tejadillo, tirando de la cuerda hacia arriba, debía de tener una fuerza sobrehumana.

Ullman alzó las manos desesperadamente.

Intentó librarse de aquel dogal que le rompía el cuello, intentó luchar.

Pero ya era demasiado tarde. El maldito nudo había sido hecho con tal sabiduría, que no se aflojaba jamás. Los pies se le habían separado bruscamente del suelo y ya no controlaba sus movimientos, su respiración... Ya no controlaba nada.

Ullman pesaba sus buenos ciento treinta kilos. Era el jefe de los torpedos de Harvard. A un fulano que puede matar a otro de un solo golpe no se le levanta como una pluma.

Y sin embargo, lo estaban consiguiendo.

Un solo hombre.

Sin esfuerzo aparente.

Un solo tipo cuyos brazos tenían más potencia que las palancas de una grúa.

Ullman vio saltar al aire su propia sangre. Su boca se había convertido, de pronto, en una torrentera. Los ojos se le salieron de las órbitas, mientras notaba en los oídos el zumbido de la muerte.

Las manos se agarrotaron en su cuello.

Ya no le quedaban fuerzas.

Sólo pudo alzar un poco la cabeza, mirar hacia arriba... ¡Ver!

Y vio.

Vio la cara de su verdugo.

Su expresión helada.

¡Aquellos ojos!

—No... —balbució.

Sabía que era imposible.

Y, sin embargo, aquella cara estaba allí. Aquellos brazos seguían tirando de su cuerpo. Ullman estaba ya tan arriba, que casi llegaba a ver el mar por encima de la primera terraza.

Estaba tardando demasiado en morir.

Tanto peor para él.

No había terminado aún de reventar cuando ataron el extremo de la cuerda a una de las antenas de la televisión, dejándole colgado.

La figura del verdugo desapareció.

Nadie se dio cuenta de que en el patio interior del hotel habían dejado, de momento, aquel trofeo macabro.

Nadie vio saltar por los tejados la sombra de *Morocco Murde*.

CAPÍTULO VIII

La casa estaba al lado mismo de la Séptima Avenida, a la altura de la calle Treinta y Nueve, pero iban a derruirla. En uno de los sitios de Nueva York que aún tienen un cierto aire de decencia, se había creado un nido de ratas, un refugio de gatos que buscaban compañera y un garito para alguna pareja furtiva que se sobaba a cien por hora, antes de que se descolgase por allí alguien de la *bofia*. Era uno de esos sitios malditos y fúnebres que van convirtiendo Nueva York en una ciudad tan deliciosa.

Sin embargo, el lujoso «Rolls» se detuvo allí. La ventanilla derecha posterior bajó eléctricamente y la cara regordeta de Kruger apareció en el hueco.

El pájaro se acercó a él.

Tenía una pinta de hijo de zorra que apestaba, pero conocía aquel barrio mejor que las ratas de las alcantarillas. Ni un detalle de lo que pasara en su zona se le podía escapar.

Kruger murmuró:

—¿Nada?

—Nada.

—Estoy hablando directamente con todos los confidentes de Manhattan, Tom. Tú sabes que casi nunca hago eso, y si ahora lo hago es porque el asunto me interesa al máximo. Si tú o alguno de vosotros me engaña, os ahogaré en vuestros propios orines, maldita sea vuestra estampa.

Tom se estremeció.

Había que ver lo fino que era el abogado Kruger.

—Le juro que he movido a todos mis enlaces. A toda mi gente. Y nadie sabe absolutamente nada.

—Pues Sue Mills desapareció en Nueva York, y una persona que desaparece en Nueva York no va ni al infierno ni al cielo. Se queda en la tierra, donde la gentecita como tú puede encontrarla. De modo que sigue buscando o se os va a acabar a todos la ganga que teníais hasta ahora conmigo. Por mi madre que se os va a acabar.

—Lo... lo haré, señor Kruger.

—Mañana volveré a pasar. Será un contacto rápido como éste, que no dure más de medio minuto.

Y fue a subir el cristal. El soplón balbució:

—O... oiga.

—¿Qué?

—No lo entiendo. ¿Qué le importa a usted Sue Mills? No es una de las chicas con las que ustedes trabajan.

—Si no fueras tan idiota lo entenderías, Tom, pero tú siempre serás un mierda de los que están abajo. La policía cree que lo hemos hecho nosotros y no nos deja vivir. Entre eso y lo de Kerrigan, los negocios se han puesto imposibles. Está paralizada hasta la circulación de la mandanga.

—Lo... lo entiendo, señor Kruger.

—Hemos de saber quién lo ha hecho; hemos de saber dónde está la chica y entonces negociar el asunto con la policía. Su devolución, a cambio de que hagan la vista gorda con algunos de nuestros centros de reparto. Lo vas comprendiendo, supongo, pequeño idiota.

—Sí..., sí, señor Kruger. Ya he imaginado que cuando usted se molestaba en hablar directamente con los enlaces tenía que ser una cosa muy seria.

—Pues muévete en tu zona, petardo. ¡Y averigua algo de una cochina vez!

El «Rolls» se puso en marcha de nuevo. La zona quedó otra vez silenciosa y envuelta en las sombras.

Kruger fue a uno de sus despachos, el que tenía en Madison Avenue. A aquella hora de la noche ya no había nadie trabajando en él, pero dos de sus guardaespaldas estaban de centinela ante la puerta. Desde que el clima se había puesto caliente en la ciudad, los sitios donde ponía los pies Kruger no dejaban de estar vigilados ni un minuto.

Uno de los tiburones dijo:

—Tiene visita, jefe.

—¿Quién? ¿De dónde?

—El señor Van Dollen, de la costa del Pacífico.

Van Dollen, en efecto, estaba allí. Tenía mala cara el tío, pero lo extraño era que no se sentaba. Paseaba de un lado a otro de la estancia con las manos unidas a la espalda.

Muy mal debían estar las cosas cuando el rey de San Francisco y Los

Angeles había venido a Nueva York sin avisar siquiera.

Le miró sólo de soslayo y gruñó:

—¡Hola, Kruger!

—¡Qué sorpresa encontrarte aquí, Van Dollen! ¿Para qué has venido?

—Las cosas se están poniendo mal, Kruger.

—No necesitas decírmelo. Hasta que tengamos algo que ofrecer a la policía y ésta nos deje trabajar en paz, los negocios van a caer en barrena. ¿Pero hay algo más, aparte de eso, que yo no sepa?

Van Dollen apenas volvió la cabeza para decir:

—Sí. Han matado a Ullman.

Kruger se estremeció.

—Es incomprensible que no lo haya sabido —dijo al cabo de un largo silencio—. Domino toda la costa atlántica y Ullman pertenecía a mi zona.

—Es que no lo han matado en tu zona. Se había largado a su refugio de Agadir, ese refugio que sólo tres o cuatro personas en el mundo conocían.

Kruger apretó los puños con un gesto de rabia.

—Hijo de la gran puta... Y sin pedirme permiso... ¿Por qué?

—Algo había oído, pero no sé qué es. Cuando un pájaro como Ullman nota un temblor en el pico y emprende el vuelo, es que algo muy grave pasa, aunque ni tú ni yo lo sepamos. Quizá fue solo un presentimiento, pero el caso es que Ullman decidió emigrar. Y eso no le sirvió de nada, porque le colgaron como a un cerdo.

—¿Qui... quién?

—Brenner.

El nombre había salido como un disparo. Kruger, a pesar de que era un tipo con nervios de hielo, se volvió a estremecer.

Pero, al cabo de unos momentos, su lógica se impuso. Con una voz sin matices, preguntó:

—Si sólo tres o cuatro personas en el mundo conocían el refugio de Agadir, ¿cómo lo llegó a conocer Brenner?

—Se lo tuve que decir yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Algún día te lo explicaré.

—Explícamelo, hombre. Siéntate.

—No, no me siento.

Van Dollen chascó dos dedos con un gesto de irritación.

—Hemos matado a Kerrigan —dijo—, pero eso no soluciona nada. Tampoco sabemos dónde está Harvard, lo cual complica las cosas aún más. En su puñetera vida se había tomado Harvard tanto tiempo para pensar.

—El es el jefe absoluto y lo que hace está bien hecho —le corrigió Kruger—. Cuando menos lo pensemos, aparecerá con un plan que lo resolverá todo, ya lo verás.

—No podemos esperar tanto —gruñó Van Dollen—, porque el tiempo apremia. Mientras tanto, yo tengo un plan y lo he empezado a poner ya en marcha. Escucha...

Y se acercó a él, para hablarle confidencialmente. No se fiaba ni de las paredes del despacho de su socio. De nada se fiaba ya. Hasta al propio Kruger podían haberle metido un micrófono en el culo. Quién sabía...

* * *

Cuando salió de allí, eran las dos de la madrugada. Kruger prefirió quedarse a dormir en su despacho porque allí tenía todo lo necesario. Van Dollen se dirigió al lujoso «Cadillac» que le estaba esperando con dos hombres en la calle lateral.

Los dos hombres no se habían movido de allí.

Y tanto que no se habían movido...

Permanecían dentro del coche. En los labios de uno de ellos aún quemaba un cigarrillo, lo cual indicaba que no llevaba ni dos minutos muerto. La brasita torturaba ya sus labios, pero el tío, desde el fondo del infierno, no se daba cuenta. Su compañero cayó, de pronto, a un lado como si le hubiese derribado una ráfaga de viento.

Van Dollen necesitó apoyarse en el coche. Le fallaba la respiración y notaba la muerte en su espalda.

La voz chirriante llegó desde la oscuridad.

—Cada vez tienes gente de menos categoría, Van Dollen. ¿Qué pasa? ¿No les pagas bien?

Van Dollen dijo con un hilo de voz:

—Brenner...

—Llegué de Agadir, muchacho.

—De modo que... que tú...

—El mundo es un pañuelo, muchacho. Uno va a los sitios y vuelve antes de darse cuenta.

—Me he enterado de la muerte de Ullman —dijo el abogado, todavía sin voz.

—Lo merecía, pero me llevé un chasco.

—¿Tú, Brenner, hijo de perra, te llevaste un chasco? ¿Por qué?

—El no había hecho lo de Sue. Huía de alguien.

—¿Huir? ¿De quién?

—No lo sé, pero ése era asunto suyo. No me importaba. Lo que quería averiguar no lo averigüé.

—¿Y qué es lo que querías averiguar, maldito?

—El paradero de Sue Mills. Sé que para vosotros esa mujer es una baza importante porque habréis pensado cederla a alguno de los gerifaltes del Medio Oriente. Y ese gerifalte no sólo os pagará por ella una pequeña fortuna, sino que pondrá a disposición vuestra todos sus medios para el tráfico de la droga. Plantaciones secretas, buques con bandera liberiana, valijas diplomáticas... Todo lo que hace falta para que os mováis con seguridad. Mujeres como Sue Mills no se encuentran con facilidad y por lo tanto os jugáis mucho con ella. Y quiero saber dónde está.

—¿Por qué? ¿Sólo para hacer el trabajo que no pudo hacer Kerrigan?

La entonación de Van Dollen era burlona. Pero de pronto la voz helada preguntó:

—¿Ya puedes sentarte, Van Dollen?

Van Dollen no se atrevió a decir una palabra más.

Y el hombre que estaba entre las sombras murmuró de nuevo:

—No sólo lo quiero hacer porque era el trabajo de Kerrigan, sino porque estoy deseando vengarle. Y porque vigilando a Sue Mills estará toda la plana mayor de vuestra gentecita, ¿comprendes? Y así podré liquidarla.

Van Dollen tenía la boca espantosamente seca.

Que un hombre sólo hubiese hablado de destruir la organización le hubiera hecho reír en otro momento, pero ahora no se rió. No hubiera podido reírse ni aun metiéndole una pluma de ganso en la boca.

—Tienes una oportunidad, Van Dollen —dijo la voz.

—¿Una oportunidad para qué?

—O hablas o te mato.

No era una broma, y Van Dollen lo sabía. Al cabo de unos segundos musitó:

—Hay un hotelito en Brooklin.

—¿Cómo se llama?

—El Clímax.

—Lo conozco. Es una casa de citas.

—Forma parte de los negocios de Harvard —musitó el abogado—. Allí facilitamos chicas de primera clase a algunos clientes de primera clase.

—Y drogas, ¿no?

—Allí las drogas no faltan, pero son un negocio secundario. Te estoy hablando con sinceridad. Ahora de nada me serviría mentir.

—Lo entiendo. ¿Qué pasa en el Clímax?

—Allí ha estado Sue. No sé si en este momento está aún, pero ha estado. Es todo lo que te puedo decir.

—De acuerdo; acompáñame.

—¿Qué... qué vas a hacer?

—Cuando uno mata a dos hombres, no le importa matar a tres. Si quieres ser el tercero no tienes más que decirlo, abogado de mierda. Van Dollen no quiso.

Obedeció y fue conducido hasta un «Pontiac» que estaba en el primer callejón a la izquierda, a la entrada de un *parking* en reformas. Van Dollen no podía ver a su enemigo porque lo tenía detrás, pisándole los talones. Cuando llegaron a la parte posterior del coche, la voz dijo:

—Abre el portamaletas.

Van Dollen no chistó. Sabía lo que podía esperarle.

Se metió en el recinto sin protestar y sin volverse ni por un segundo. Cuando cerraron la tapa con llave, tuvo la sensación de que estaba en su propia tumba.

El «Pontiac» rodó a poca velocidad hacia el puente de Queensboro. El conductor daba una vuelta para comprobar si le seguían. Sólo cuando estaba en Queens Boulevard llegó a la conclusión de que viajaba libre.

Dio otra larga vuelta. Dejó a un lado Queens. Cambió de distrito. Brooklin.

El Clímax estaba en una calle tranquila, apacible, sombreada por copudos olmos que ahora, de noche, daban a aquello la apariencia de un túnel. Unas suaves luces de neón, sobre la puerta, apenas disipaban las sombras.

El «Pontiac» se detuvo a una cierta distancia, al abrigo de una alta valla publicitaria. Su dueño lo abandonó y avanzó pegado a las paredes.

Un hombre paseaba ante la puerta del hotel.

Era uno de los torpedos de la organización de Harvard, colocado allí por si algún cliente o alguna chica planteaban problemas. Todo tenía el aspecto de una vigilancia rutinaria.

Pero el intruso no se acercó por allí.

Al contrario, avanzó con el sigilo de un gato hacia la parte posterior del hotel, atravesando un solar contiguo. No llegó ni siquiera a imaginar que aquel solar podía estar lleno de micrófonos ocultos y que desde la casa ya habían detectado su presencia.

Palpó una de las ventanas laterales.

Estaba floja.

Valiéndose de una palanqueta de acero, la acabó de forzar y la abrió. Puso los pies en una habitación que debía formar parte de las oficinas del hotel.

Y entonces fue cuando empezó todo.

Su silueta se recortaba aún a la luz de la ventana.

Los cuatro hombres que estaban al fondo de la habitación, provistos de pistolas con silenciador, dispararon a la vez. Sobre el cuerpo del intruso se abatió una auténtica andanada.

Pero el hombre que acababa de entrar allí no era de los que dan un solo paso en falso. Se había dado cuenta de que la ventana estaba conectada a un sistema de alarma y eso significaba que había fallado la sorpresa. Por lo tanto, no estuvo ni dos décimas de segundo expuesto a la leve claridad que llegaba desde el exterior. No actuó como un hombre que se cuela en una habitación sino como un gato que salta. Fue visto y no visto.

Las balas sólo le rozaron, porque cuando rasgaron el aire él ya no estaba en el sitio donde sus enemigos suponían. Rodaba ya por el suelo en el instante en que los cristales saltaron hechos añicos.

Pero en la habitación apenas habían sonado unos leves taponazos. Desde el exterior no se podía oír nada.

Alguien balbució:

—Hemos tenido que darle...

Y proyectó hacia el vacío la luz de una linterna. Fue lo último que hizo.

La pistola del hombre que acababa de entrar también llevaba silenciador y además un pequeño tubo apagallamas, de modo que no se pudo ver el fulgor del disparo. El sicario de la linterna cayó hacia delante mientras le envolvía una muerte silenciosa, igual que si le hubiera mordido una serpiente.

Los otros sólo se enteraron de que algo extraño estaba ocurriendo cuando vieron la linterna rodar por el suelo. Entonces dispararon rabiosamente hacia la zona inferior de la ventana, donde suponían que aún estaba su enemigo.

Una serie de secos taponazos sonaron en la habitación. El aire se llenó de un picante olor a pólvora.

Pero aquella especie de diablo que acababa de entrar en el Clímax no se había estado quieto ni siquiera en el momento de disparar. Ahora rodaba sobre sí mismo, buscando la protección de una de las butacas.

La puerta se abrió de repente.

Sobre el suelo de la habitación se proyectó un rectángulo de luz.

Un hombre que llevaba una metralleta montada gruñó:

—¿Le habéis dado ya?

De pronto aquel hombre dio una vuelta sobre sí mismo.

Sentía que le abrasaba la garganta.

La bala le había penetrado por la mandíbula y estaba alojada ya en la base de su cráneo. Lanzando un agudo chillido, cayó hacia atrás y rompió uno de los espejos del pasillo.

Sobre el rectángulo de luz se proyectó, también, el cuerpo de otro hombre.

Trataba de saltar.

Y vaya si saltó.

Acabó estrellándose contra la pared del otro lado, mientras dos balas más le atravesaban de parte a parte.

El tirador que estaba debajo de la butaca la derribó entonces secamente, mientras saltaba hacia otro lado en la oscuridad. Sabía perfectamente que el ruido atraería los disparos de sus enemigos.

Y así fue. Una lluvia de plomo se abatió sobre el mueble, que quedó

hecho materialmente pedazos porque las balas tenían cabeza de mercurio. Eran balas explosivas, de las que no perdonan nunca. Pero uno de los tiradores se descubrió al hacer eso.

La luz se reflejaba en el metal de su pistola. El plomo le segó por la mitad, mientras lanzaba un terrible aullido.

El otro no lo pensó.

Estaba enloquecido por el miedo.

Se lanzó de cabeza por la ventana rota.

Y el hombre que acababa de penetrar en la casa no vaciló tampoco. Salió al pasillo. Había caído en una especie de trampa, ahora se daba cuenta. Pero en este momento eran sus enemigos quienes no sabían lo que estaba ocurriendo.

Vio a dos de ellos bajar por una escalera situada al fondo. Llevaban metralletas con tubo silenciador.

Allí dentro parecía haber un ejército.

Pero también un ejército puede ser derrotado si no sabe maniobrar, y todos aquellos pistoleros habían perdido el dominio de la situación. Cuando estaban en el último peldaño vieron a su enemigo apuntándoles desde el centro del pasillo.

Llevaba una especie de arma diabólica. Una

«P-38»

con doble cargador, silenciador, apagallamas y balas convencionales del nueve largo, aunque con la punta recortada en forma de cruz. Eso significaba que se convertían en auténtica metralla.

Pero lo que más les asombró fue la cara de aquel hombre. Los dos le reconocieron. Alzaron sus metralletas con un gesto nervioso, mientras mascullaban algo incomprensible.

Y ya no tuvieron tiempo de decir nada más. De pronto, las balas les segaron por la mitad. Cayeron estruendosamente mientras una ráfaga arañaba el suelo.

El intruso pasó sobre sus cadáveres.

Y trepó hasta el piso superior, pese a saber que se metía cada vez más en el infierno. Arriba había un pasillo con puertas.

De una de ellas salía una chica aterrada, chillando.

Era una preciosidad, y además no le faltaba nada.

Corsé negro.

Liguero con levísimas florecillas moradas.

Medias negras.

El pelo recogido en lo alto, como una corona nupcial.

Apenas la chica había atravesado el pasillo cuando un hombre que llevaba una metralleta «Thompson» la sujetó y trató de utilizarla como parapeto. Pasó el cañón de la metralleta por una de las caderas de la beldad para poder disparar mejor.

Y con eso dejó al descubierto su brazo derecho. La bala se lo astilló por completo mientras se oía en el pasillo un aullido de dolor.

El tipo vaciló, mientras aún intentaba apuntar, pero su cabeza cayó al lado. E instantáneamente apareció en mitad de su frente un disco rojo.

La chica cayó al suelo. Gimió:

—¡No tires!

Pero el intruso ni la había mirado. No la rozó. Siguió hasta el fondo del pasillo buscando nuevos enemigos.

Y los encontró.

Pero a esta clase de enemigo no lo había ni imaginado siquiera.

CAPÍTULO IX

Era una mujer.

Vestía de una forma extraña, con un mono de cuerpo negro y flexible que se ceñía como una nueva piel a sus fantásticas formas. Tenía los muslos más torneados, las caderas más sólidas, los senos más erguidos y potentes que el verdugo que acababa de entrar en la casa había visto jamás.

Su cara resultaba difícil de reconocer.

Usaba unas grandes gafas negras que sin embargo debían estar dotadas de rayos infrarrojos y permitirían ver en la oscuridad. En su mano derecha descansaba una granada en forma de piña.

Y no vaciló.

La lanzó contra el hombre que aún estaba en el centro del pasillo.

La audacia de la mujer al mostrarse a cuerpo descubierto fue increíble, porque su enemigo tuvo tiempo de disparar. Pero su sorpresa al encontrársela enfrente fue tan grande, que vaciló unas décimas de segundo. Fue únicamente eso lo que le impidió partirla por la mitad con una de sus condenadas balas que se convertían en metralla.

Si llega a vacilar igualmente al ver salir la bomba de la derecha de la hembra, no lo cuenta. La piña se convirtió en una llama silenciosa, fosforescente, que lo envolvió todo en una resplandor de destrucción. Cualquiera que estuviese en el centro de aquella llama hubiese quedado aniquilado en medio minuto.

Pero el intruso ya había saltado de cabeza hacia una de las habitaciones. Rodó por ella. Era evidente que el hotel funcionaba, porque una pareja estaba funcionando también sobre la cama. Ni se enteraron de lo que estaba sucediendo hasta que la cama saltó por los aires. Aun así, la tía gimió:

—¿Pero qué haces?

Había en la habitación una ventana con las cortinas corridas. La mujer enfundada en cuero apareció en el umbral.

Llevaba ahora una extraña arma. Un arma que no parecía mortal pero cuyos efectos eran aniquiladores. Consistía en un látigo con

una pequeña punta de metal.

En apariencia, aquella punta de metal tenía por objeto aumentar el sufrimiento de la víctima, pero pronto se pudo ver que servía para algo más: para enviarla al infierno. Porque cuando el látigo chascó contra la pared, se produjo una terrible descarga eléctrica.

Era un arma diabólica para usarla a corta distancia. Conectada a un cable de alta tensión debidamente aislado en la empuñadura, bastaba un leve contacto para electrocutar al que recibiese la punta de aquel látigo.

Y el hombre..., ¡estaba allí!

Había perdido la pistola al saltar y volcar estruendosamente la cama. Por supuesto que llevaba otra en una funda axilar, pero ya no le quedaba tiempo de sacarla. El látigo voló sobre su cabeza.

¡CHASK!

Un cuadro que estaba sobre la cabeza del hombre quedó materialmente pulverizado. La esquivó de aquel tipo cuando vio el cuero volar hacia él, fue increíble. Su cuerpo se contorsionó de tal modo y con tal rapidez de reflejos, que la mujer hubo de lanzar un grito.

Quizá nunca se había encontrado con un enemigo así.

Tiró hacia atrás del látigo para descargarlo otra vez. Con aquello tenía más campo de acción que con una pistola. Para matar, le bastaba con un roce.

Y lo descargó de nuevo.

Lo hizo con una satánica inteligencia. Sabía que su enemigo intentaría saltar por la ventana, y por eso le cortó el camino con aquel cuero mortal. Pero el enemigo también tuvo una inteligencia satánica.

¡CRAC!

El cristal de la ventana se rompió, mientras las cortinas quedaban pulverizadas y una especie de mortífero arco voltaico recorría la ventana entera. Pero el hombre no se había lanzado hacia allí, sino al contrario: se había lanzado sobre la mujer. La derribó al alcanzarla en el estómago con la cabeza.

Y pudo darse cuenta, por si no lo sabía ya, de que era una tía de primerísima calidad. Su cuerpo era torneado, duro, sólido. Estaba rodeado de curvas por todas partes menos por una, que eran los pies. Cuando el hombre, para levantarse, se apoyó en sus pechos,

tuvo ganas de quedarse toda la noche allí.

Pero ella estaba moviendo de nuevo el látigo, a pesar de su caída. No iba a vacilar en matar pese a saber que aquello significaba también su propia muerte.

Pues el cuerpo del hombre estaba pegado al suyo. Le transmitiría inmediatamente la descarga mortal.

Y sin embargo, movió el látigo.

Era el propio diablo. No le importaba ni su vida.

Pero el hombre ya había saltado cuando el látigo bajó. Ya estaba atravesando otra de las habitaciones vacías para lanzarse por una de las ventanas.

Todo pareció estallar en torno suyo.

Alguien le enviaba una ráfaga de metralleta. La ventana quedó pulverizada. El hombre dio una vuelta de campana en el aire como si las balas le empujasen. Pero todas pasaron demasiado altas porque su enemigo había apuntado primero al dintel de la ventana para ir bajando. Cuando el cañón descendió, el otro ya estaba fuera de su vista.

Cayó junto a la puerta del hotel. Lo hizo de pie, con la maestría de un auténtico profesional, flexionando las piernas.

El guardián abrió la boca.

A causa de los silenciadores, ni se había enterado de lo que ocurría dentro. Al ver aquella especie de fiera que saltaba, sacó de la funda axilar una «Magnum». Y también aquel petardo tenía balas con cabeza de mercurio, según se vio enseguida.

Fue a disparar, sujetando el arma con las dos manos.

El puntapié en los dos puños unidos hizo que la bala se desviase y saliera a la izquierda. Y el puntapié en los testículos hizo que éstos también se desviasen, saliendo cada uno por su lado.

El grito de dolor llenó la calle.

Pero el gorila sólo cayó un momento. Inmediatamente se puso en pie y siguió disparando.

Su enemigo ya no estaba allí. Corría por la calle oscura. El gorila fue tras él mientras lanzaba una serie de maldiciones.

Distinguió una sombra oscura cerca de un «Pontiac».

Era un coche que poco antes no estaba, de modo que tenía que ser el de su enemigo. Sujetando también el «Magnum» con las dos manos para aminorar el fuerte retroceso, envió contra aquel coche

las cinco balas restantes. Daba por descontado que el fugitivo trataría de meterse en el coche para salir volando de allí.

Y en eso se equivocó, porque su enemigo se había perdido en las sombras de la calle. Pero el «Pontiac» quedó pulverizado a causa de las balas con cabeza de mercurio.

Una serie de explosiones se produjeron en el motor. El carburador estalló y la goma del conducto de gasolina se partió en pedazos.

Hubo entonces una nueva explosión, pero ésta casi alucinante.

El depósito de gasolina acababa de estallar. El «Pontiac» se había convertido en una enorme bola de fuego.

La pacífica calle de Brooklin cambió en un solo instante. Todo el aire se llenó de gritos.

CAPÍTULO X

Los funerales por Van Dollen también se celebraron en San Patricio, y a ellos asistió lo mejor de Nueva York. Una nutrida representación del Colegio de Abogados estuvo en la presidencia. Al otro lado, procurando pasar inadvertidos, diversos representantes de la Mafia que habían hecho negocios con él. Fueron ellos quienes enviaron la más espectacular corona de flores.

También había chicas que trabajaban en los clubs de la organización, pistoleros a sueldo, distribuidores de droga y banqueros que habían tenido, a nombre de Van Dollen, millones de dólares. Lo mejor y lo peor de Nueva York se había congregado allí, en uno de los funerales más solemnes que se recordaban en la ciudad.

Por supuesto que también había policías. Docenas de policías.

Y periodistas. Docenas de periodistas.

—*Rayan, del Christian Science Monitor, preguntó:*

—¿Y qué hacen esos árabes ahí? ¿Qué tenía que ver Van Dollen con ellos?

Efectivamente, algunos jeques del petróleo habían estacionado en la Quinta Avenida sus «Rolls» color plata, y también ellos habían enviado una corona de flores que no cabía por las puertas de San Patricio.

Dodge, del *New York Times*, le contestó en voz baja:

—No me extraña que en un periódico evangélico como el tuyo, donde no dais ni las noticias de las muertes, se ignore cuáles eran algunas de las actividades de Van Dollen. La organización de la que él era asesor legal enviaba chicas a Oriente Medio, y alguno de los que ves ahí eran los clientes.

—Pero entonces, ¿por qué no interviene la policía?

—No puede. Son delitos de los que no hay ninguna prueba. Pero algo se está cociendo ahí dentro, desde que en el Clímax hubo aquella matanza.

En efecto, algo se estaba cociendo allí. Kruger, que ahora era el único asesor legal situado en las alturas, se reunió en su fabuloso

«Mercedes 600», al terminar la ceremonia, con uno de sus informadores de confianza. Mientras intentaba aparentar indiferencia ante las cámaras de los fotógrafos que le asaeteaban desde el otro lado de las ventanillas cerradas, preguntó:

—No han podido hacerle la autopsia a Van Dollen, ¿verdad?

—No. No quedaba apenas nada.

—¿Sus restos van directos al crematorio?

—Sí, pero tendrían que cobrar media tarifa por el trabajo. Si el cuerpo ya está casi abrasado, ¿para qué?

Kruger hizo una mueca.

—No me gustan las bromas en esto, Mac. Métete la lengua en el culo.

—Perdone, jefe.

—¿Qué más se sabe de lo del hotel?

—Parece que lo de Van Dollen fue un accidente. El hombre que disparó no sabía que estaba en el maletero del «Pontiac».

—No fue un accidente, sino un error —dijo secamente Kruger—. Y los errores se pagan en nuestra organización.

—Sí, jefe.

—¿Qué se ha hecho?

—El hombre que disparó ya ha sido eliminado.

—Bien —dijo secamente Kruger.

Fue todo su himno de funeral. El hombre que había empleado el «Magnum» no tuvo, desde luego, unas honras fúnebres como las que había tenido Van Dollen.

El «Mercedes» rodaba ahora hacia la Sexta, bordeando el inmenso bloque gris del Rockefeller Center. Kruger, quien sabía que ahora era el único cerebro de la organización después de Harvard, se puso un cigarrillo en los labios y murmuró:

—¿Qué se sabe del hombre que atacó el Clímax?

—Seguro que era Brenner.

—Eso lo doy por descontado. Si todas las novedades que tienen tus hombres son ésas, vamos aviados. Lo que necesito es saber hacia dónde huyó y si se tiene su pista.

—Ninguna, jefe. Era como un gato.

—Le teníamos preparada una buena trampa allí... —dijo Kruger con la mirada perdida—. Sí, se la teníamos bien montada.

—No entiendo cómo salió vivo, jefe.

—Yo tampoco lo entiendo. No hay duda de que se trata de un pájaro fuera de serie. Contratamos para liquidarle a la mejor pistolero del país y ni eso dio resultado. Hay momentos en que aún no llego a comprenderlo.

—Jefe...

—¿Qué?

—¿Quién es la mejor pistolero del país?

El abogado apenas le miró para decirle secamente:

—No te importa.

—Yo soy el que dirige toda la información de nuestro grupo. Necesito saberlo.

—En este caso, no.

—¿Por qué?

—Esa mujer es asunto mío.

Descendían ahora por la Séptima en dirección a Wall Street. Pasaban en ese momento el Madison Square Garden y los restaurantes baratos que rodean el hotel Statler Hilton.

El jefe de información se mordió el labio inferior y dijo:

—Pero al menos hay otra cosa que sí que debería saber, Kruger. No entiendo cómo podían estar enterados de que Brenner iba a ir al Clímax.

—Se lo dijo Van Dollen.

—¿Quiere decir que... se la dio intencionadamente?

—Sí.

—Pero Van Dollen murió...

—No sabía que iba a morir. Fue un estúpido accidente. Además, necesitaba correr el riesgo.

—¿Tenían algún plan para eliminar a Brenner?

—Sí. Lo tenemos.

—¿Qué plan?

Kruger dijo despectivamente, casi escupiendo las palabras:

—¿Te callarás, idiota?

Y enseguida añadió, con voz crispada:

—Mejor harías averiguando quién es el tal Brenner. En algún pestilente sitio del país debe haber alguna ficha suya, sea en el FBI, sea en un departamento de la Policía Estatal, sea en el Servicio Secreto de la Casa Blanca. Nosotros tenemos acceso a todos los informes. ¿Por qué no se ha podido averiguar nada de él? ¿Por

qué?

—Lo hemos revisado todo, absolutamente todo. Mis hombres se han movido y además se han movido bien. Han llegado a la conclusión de que ese tal Brenner fue un agente formado en el extranjero y al que hasta ahora habían empleado en misiones fuera de aquí, fuera del país. De repente, por alguna razón, han decidido emplearlo dentro.

—Entonces investigad en las embajadas... Tenemos hombres que pueden moverse en ellas. La mayor parte de los agentes americanos en el exterior tienen conexiones con una de estas cinco embajadas: París, Bonn, Moscú, Tokio y Manila.

—De acuerdo, Kruger. Nos moveremos en esa dirección.

—No basta con moverse. Quiero resultados inmediatos. Al mismo tiempo necesito saber dónde está Harvard. Lo que ocurre con él es incomprensible.

—Jamás nuestra organización había estado así, sin un jefe visible —musitó el otro—. Incluso estando en la cárcel, Harvard repartía órdenes desde allí. Pero ahora se esconde como una rata.

—No me gusta ese lenguaje —musitó Kruger.

—Pues es la verdad.

—Seguro que está preparando uno de sus golpes maestros, aunque no puedo imaginar cuál. En el momento más inesperado surgirá con una solución que va a arreglarlo todo.

—¿Entonces para qué quiere verlo?

—Para recibir instrucciones más concretas. No me gusta que, en un momento de crisis como éste, el gran jefe no dé la cara. Las muertes de Franciosa, Van Dollen y Ullman son golpes casi decisivos. Respeto el aislamiento de Harvard, pero eso no impide que quiera hablar con él cuanto antes, y vosotros sois los encargados de averiguar dónde se ha metido.

—Estamos trabajando en eso. Hacemos lo posible.

—Tengo la idea... Tengo la idea —dijo Kruger con un hilo de voz, como si pensara en voz alta—. Casi estoy seguro de que Van Dollen pensaba algo sobre eso.

—¿Pensar qué?

—No lo sé. En la última conversación que tuvimos, cuando me explicó el plan que íbamos a desarrollar para acabar con Brenner, me dijo una cosa extraña: que una especie de lucecita acababa de

encenderse en su cráneo. Pero no me explicó de qué se trataba porque no debía estar seguro. Y yo tampoco se lo pregunté.

—¿Era un hombre tan reservado como decían?

—Sólo en mí confiaba —dijo Kruger, secamente—. Baja aquí; hemos llegado.

Estaban ante la mejor de las oficinas de Kruger, la situada en pleno corazón de Wall Street. Allí, desde su despacho, movía los intrincados resortes de los negocios legales de la organización, unos negocios que absorbían al año millones y millones de dólares *limpios*. Pero ahora aquellas oficinas estaban vacías por una sencilla razón: todos los empleados habían tenido fiesta para poder asistir a las solemnes honras fúnebres por Van Dollen, gloria de la abogacía de Nueva York.

Kruger movió las ruedecillas de la combinación que abría la puerta, como si ésta fuese la de una caja fuerte. Sólo media docena de personas en la ciudad conocían aquella combinación, y sólo ellas podían entrar allí cuando las oficinas, como ahora, no estaban abiertas al público.

Pero esta vez había alguien en esas oficinas.

Y no resultaba nada extraño.

Kutz era uno de los que tenían la combinación.

Kruger lo vio nada más entrar, sentado en la mesa de su secretario. Tenía la mirada perdida y una leve sonrisa flotaba en sus labios.

El abogado murmuró:

—Eh... ¿Qué haces aquí?

El otro no contestó. Kruger hizo una mueca de desagrado y lo empujó por un hombro.

—¡Eh, tú, imbécil, cuando hablo se me contesta! Cuando hablo se me... Se me...

De pronto tuvo una sensación de frío en la espina dorsal. No podía creer lo que estaba viendo.

Kutz había caído de costado, derribando el sillón. Y entonces fue posible ver que había perdido un río de sangre y que tenía una daga clavada en el bajo vientre.

El abogado tuvo la sensación de la muerte en sus propias entrañas.

Balbució:

—Brenner...

Pero no, no era Brenner. Lo pudo ver nada más girar la cabeza.

Pudo distinguir aquellas piernas fabulosas, aquella falda cortita, aquellos muslos que hubiesen enardecido a un muerto, aquellos senos cuyas puntas le encañonaban a uno como dos piezas de artillería pesada.

Bisbiseó:

—Tú...

No podía creerlo.

Pero era una realidad. La extraña mujer sonrió. Tenía una sonrisa suave, casi dulce y al mismo tiempo terriblemente turbia.

—Lo he hecho yo —dijo sencillamente.

—¿Por... por qué?

—Había una razón de peso: no me gustaba Kutz.

—¿Y por qué no te gustaba?

—El fue quien envió por los aires a aquella pobre chica desde un piso veinte. Eso no estaba en el programa.

—Te equivocas; lo hizo Ullman.

—Y Kutz le ayudó. Pero eso poco importa. Ullman va está muerto y Kutz estaba vivo. Ahora ya se ha solucionado esa pequeña cuestión.

Kruger balbució:

—¿Pero cómo te has atrevido a... a...?

—Te lo he dicho: no me gustaban los métodos de Kutz.

—¿Y acaso te gustan los métodos de Brenner?

La belleza se puso en pie.

Había en ella algo felino, salvaje.

Era una muñeca deliciosa pero al mismo tiempo, su mirada cortaba como el hacha de un verdugo.

—Brenner tenía que estar muerto —susurró.

—¿Y cómo no lo conseguiste?

—Ni yo misma me lo explico, Kruger. Es la primera vez que fallo un golpe.

—Eso lúe lo que nos dijeron cuando te contratamos en Tokio. Hasta entonces habías trabajado en el servicio secreto soviético. ¡Parecías infalible!

—Cierto... Aprendí luchando contra la gente más extraña y más dura del mundo. Contra los espías chinos y los espías japoneses, muchos de los cuales aún tienen el espíritu de los kamikazes y no les importa perder la piel. Fueron unos años muy duros, pero nunca me enfrenté a mis compatriotas, los americanos. Yo soy una

profesional que se contrata libremente, y cuando los rusos me propusieron un acuerdo les hablé de esa condición: quería no tener problemas con mi propio país. Por eso pude regresar a Estados Unidos cuando me vino en gana.

—Regresaste a Estados Unidos y fallaste —acusó Kruger.

—Te repito que fue la primera vez y no volverá a suceder. Pero además me ocurrió algo que no me había ocurrido nunca. Fue como si por primera vez hubiese encontrado la horma de mi zapato. Aquel tipo era aún más duro que yo.

—Parece como si le admirases... —dijo el abogado, torciendo el gesto.

—Yo admiro a los enemigos valientes, pero eso no impide que los mate. Realmente los admiro mucho más cuando ya están muertos. Es mi problema.

Kruger gruñó:

—Ahora recuerdo una cosa... Tú debiste verle bien. Y en este momento pienso que ninguno de nosotros ha visto a Brenner.

—Van Dollen debió verlo.

—Yo no estoy tan seguro, pero en todo caso eso poco importa, Van Dollen ya está muerto y no nos puede ayudar. Tú sí.

—Eso es cierto. Lo vi perfectamente.

—Entonces, ¿cómo es Brenner?

Ella dijo suavemente:

—Difícil de definir.

—Quizá no tanto. Una de las cosas que te debieron enseñar en el servicio secreto fue a recordar las caras de las personas y dibujarlas.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿podrías hacer un retrato-robot de ese hombre?

—Claro. No respondo de la calidad artística, pero al menos es seguro que se le parecerá. Voy a intentarlo.

Y se sentó al otro lado de la mesa donde había estado el muerto. Ni se inmutó.

La compañía de un cadáver parecía ser para ella la cosa más rutinaria del mundo.

Tampoco tembló su pulso cuando tomó un papel y empezó a dibujar. Lo hizo siguiendo la vieja técnica de la policía, trazando primero las líneas de los detalles esenciales y luego las de los detalles secundarios, aunque en esa clase de dibujos siempre resulta

difícil dediqué es lo más importante. El hombre que estaba recordando no tenía, además, ningún detalle particular, como hubiera podido ser una cicatriz, una ceja partida o un diente roto. Por eso la tarea de la mujer no resultaba fácil.

Con una seña, indicó a Kruger que se mantuviera a cierta distancia mientras ella dibujaba, pues no quería que nadie le hiciese observaciones. Necesitaba dejar vagar libremente sus recuerdos.

Kruger estaba visiblemente incómodo. No podía dejar de mirar a hurtadillas al muerto, al tiempo que pensaba en lo diabólica que podía ser aquella mujer.

Estar junto a ella era estar junto a la belleza, pero también junto a la tumba. Le producía un cosquilleo de excitación y de miedo a la vez.

Por fin ella se volvió.

—Era aproximadamente así —dijo.

Kruger miró aquel dibujo con fijeza.

Y de pronto palideció. Palideció tanto, que ella tuvo que preguntar, haciendo un gesto de extrañeza:

—¿Qué te pasa?

—¿Es... estás segura de lo que has dibujado ahí?

—Naturalmente. No es un retrato muy detallado, pero no hay ninguna línea esencial equivocada. Brenner es más o menos, como tú lo ves aquí.

Kruger necesitó tomar aliento antes de decir con voz apagada:

—*No es Brenner.*

—¿Qué dices?

—No, no lo es. Y ahora comprendo por qué no dimos con ninguna ficha, con ninguna pista de ese tipo. Brenner es, sencillamente, un nombre inventado. *No existe.*

—Pero aquel tipo sí que existía. ¡Vaya si existía!... Y seguro que tiene un nombre que tú conoces. ¿Quién es?

Kruger musitó, como si no creyera en sus propias palabras:

—Naturalmente que lo conozco. Y los pistoleros de la organización lo conocen mejor que yo. Porque se llama... ¡KERRIGAN!

CAPÍTULO XI

El coche, un «Rover» inglés de magnífica factura, se detuvo en aquella esquina del Bronx y su conductor pareció olfatear el aire quieto de la noche. Bastaba ver sus ojos para darse cuenta de que tenía el instinto de las fieras y no se equivocaba nunca.

Y ahora debió notar algo que no le gustó, porque dijo a los cuatro que iban con él:

—Este sitio podría ser una cochina trampa. Hay bastantes ángulos de tiro sobre el coche desde aquellas casas abandonadas. Por lo tanto me iré un poco más allá mientras vosotros os situáis en las zonas oscuras, con las metralletas a punto.

El que iba junto al conductor, un tipo de unos sesenta años, alto y elegante como un *lord* inglés, le miró con expresión incómoda.

—¿Qué pasa, Allan? —preguntó—. Yo no manejo la metralleta, sino el talonario de cheques. No tengo por qué actuar como uno de vuestros tiburones.

—Ya lo sé, señor Stuart —dijo Allan—. Usted es uno de los administradores de la Organización y lleva por buen camino nuestras relaciones con los Bancos. Eso nos lo han dicho cien veces, como nos han dicho cien veces que se lleva a la cama las mejores tías. Pero yo soy responsable de su seguridad hasta que se encuentre con el señor Harvard, y para eso tengo mis propios métodos.

No admitió ninguna objeción más. No en vano era uno de los torpedos más eficaces con que contaba el clan. Detuvo el «Rover» en una zona oscura e hizo una seña para que descendieran los tres sicarios que iban en el diván posterior. Los tres llevaban metralletas provistas de tubos silenciadores.

Se situaron en zonas que también eligieron por instinto. Conocían su oficio y nunca se dejaban engañar. Inmediatamente montaron sus armas.

No había nadie en aquel reducto de viviendas abandonadas, que daban al entorno un raro aspecto de ciudad arrasada por las bombas. Todo aquello había sido adquirido por el gobierno del Estado de Nueva York a fin de edificar viviendas más dignas, pero

de momento el lugar había sido convertido en una especie de fortaleza por los *hippies* y los toxicómanos, así como por las bandas más o menos juveniles. Ni la Policía Metropolitana se atrevía a meterse en aquellas habitaciones donde una bala o una cuchillada podían llegar desde la oscuridad. Los que habitaban en aquella especie de ciudad del diablo no temían a nadie.

¿A nadie?

De momento habían desaparecido como si se los hubiese tragado la tierra. Les bastó con ver a los pájaros que bajaban del coche para darse cuenta de que se enfrentaban a alguien mucho peor que la policía. Porque los que acababan de llegar eran de los que matan sin dar el alto. Y de los que no fallan nunca.

Stuart miró en torno suyo mientras susurraba:

—Extraño sitio para que me haya citado el señor Harvard, ¿verdad? Un hombre que tiene centenares de millones de dólares metido en esta especie de cueva siniestra...

—El sabrá por qué lo hace —gruñó Allan—. Las órdenes del señor Harvard no se discuten nunca.

—Y yo no las discuto. Pero pienso si la estancia en la cárcel no le habrá ablandado el cerebro, ¡maldito sea el día en que nació! Ni siquiera se ha reunido con ninguno de nosotros.

—Se equivoca. Se reúne con usted.

—Pero ese condenado interés en no dar la cara... ¿qué espera?

—El sabrá; lo único que hay que hacer es percibir sus órdenes y obedecerlas. Si nos ha citado aquí, no lo ha hecho por capricho.

—Sí, pero hay algo que no puedo olvidar —dijo, sombríamente Stuart.

—¿Qué?

—Todos los miembros de la organización por los que Harvard ha ido preguntando, están ya en el cementerio.

Allan arqueó un momento las cejas mientras aquellas palabras daban vueltas en su cerebro. Sí, era verdad. No lo había pensado hasta entonces, pero era una cochina verdad. Bruscamente oteó la oscuridad que ahora le parecía más sospechosa que nunca, mientras dirigía la mano hacia su funda axilar.

Uno de los tiburones que estaban apostados con las metralletas abrió fuego de pronto. No se oyó nada a más de diez yardas, pero Allan, que estaba casi junto a él, lo captó perfectamente. Se dio

cuenta de que su torpedo había visto algo sospechoso y actuaba según la regla de oro del *gang*: «Primero mata, después pregunta».

El propio Allan se lanzó a tierra, mientras daba un empujón a Stuart para protegerlo. Se oyó el siniestro rebote de las balas entre los cascotes abandonados y las ventanas rotas.

Todos los sicarios disparaban ahora. Y no lo hacían nerviosos ni asustados, sino con una especie de implacable eficacia.

El fuego cruzado, que apenas levantaba un leve rumor, hubiese acabado con cualquiera que se acercase allí. No se habría salvado ni una sombra.

Pero los tiradores se dieron cuenta demasiado tarde de que en todo aquello había algo espectral. Fue el propio Allan quien masculló al notarlo:

—¿Pero qué infiernos es eso? ¡Quietos!

Había visto que en realidad no era un hombre lo que parecía flotar en el aire. Se trataba de un viejo maniquí, perdido entre los escombros, que alguien había vestido con una americana negra y levantado bruscamente entre los cascotes. Todas las balas se habían cruzado sobre él, convirtiéndolo materialmente en pulpa.

Pero, mientras tanto, los hombres que disparaban estaban identificados. Aunque los disparos de las metralletas sonaban como una simple serie de taponazos, un oído experto podía *situ*ar a sus dueños en la oscuridad. Y el hombre que acechaba entre las ruinas tenía algo más que un oído experto.

Tenía también un «Magnum» cargado con balas de cabeza de mercurio. Un «Magnum» de tambor especial que cargaba nueve proyectiles en lugar de seis.

Un verdadero cañón de acorazado. Una máquina especializada en quitar los dolores de cabeza instantáneamente.

De su larguísimo cañón salía una especie de antena que era al mismo tiempo el silenciador y el apagallamas. Una nueva serie de taponazos atravesó el aire.

Allan estaba en aquel momento cambiando de posición.

Fue el primero en chocar con aquella especie de muro de cristal donde estaba la muerte.

De pronto echó los brazos hacia atrás, se ladeó y escupió una bocanada de sangre. Sus tres hombres se movieron al mismo tiempo, girando sus metralletas.

Demasiado tarde.

No podían localizar a su enemigo porque entre aquellas ruinas desconocidas no veían ni oían nada. En cambio la misteriosa sombra les tenía localizados a ellos.

El «Magnum» volvió a enviar un leve siseo de serpiente venenosa.

Uno de los hombres quedó pegado a la columna de ladrillo en que estaba apoyado.

Durante unos segundos pareció dormido. Luego se deslizó silenciosamente a un lado, con una brecha entre las cejas.

Stuart lanzó un grito de horror.

Pegado al suelo como estaba, no se atrevía ni a moverse. Con ojos desenchajados vio como los dos últimos tiburones corrían para parapetarse mejor.

De pronto parecieron chocar en el aire.

Sus cuerpos se contorsionaron.

La incierta luz de uno de los tubos de neón de la calle proyectó sus sombras mientras caían una sobre otra. Stuart se dio cuenta de que, de pronto, se había quedado solo en aquella especie de escenario del horror.

Intentó gatear.

Intentó salir como fuese de allí mientras el sabor de la muerte se le metía hasta la garganta.

Y entonces el cañón del «Magnum» le frenó.

Estaba ante sus ojos.

Pero no fue eso lo que le heló la sangre en las venas.

Fue la cara que estaba detrás.

Aquellos ojos implacables.

Aquel rostro metálico que conocía bien.

Pero había allí algo que no cuadraba. Algo que no podía ser... ¡No podía ser!

Se frotó los ojos como si estuviera soñando.

Pero era cierto. No sólo existía el cañón del «Magnum», sino que existía, también, aquella cara. Y existió la voz.

—Esperabas encontrar a Harvard, ¿verdad? —preguntó aquel hombre.

—Tú... tú eres...

—No hace falta que lo digas, macho. Conozco mi nombre muy bien. Sí, soy Kerrigan. Cuando Harvard la dió de muerte natural en su

celda, metimos el cadáver en la *nevera* del depósito, guardamos el secreto y yo ocupé su puesto. Fue a mí a quien dieron al día siguiente la orden de libertad provisional.

—Pero entonces tú... tú...

—Sí, Stuart, cariño. Yo ocupé el puesto de Harvard porque era el único sistema de destruir vuestra organización desde dentro. Porque eso me permitía citar a algunos de los peces gordos, los que no dan la cara, y liquidarlos poco a poco. Porque eso me permitirá disponer de los documentos que tú llevas en la cartera y que desenmascaran toda la red. Y porque tú vas a tener una oportunidad, Stuart. Sólo una.

El financiero sentía que el sudor resbalaba por su cara y llegaba hasta el cuello de la camisa. Con voz que no parecía surgir de una garganta humana, balbució:

—Haré lo... lo que quieras.

—Los documentos que llevas pueden ser suficientes, pero además te necesito como testigo. Si te comprometes a hablar, se puede hacer con el fiscal del Distrito un arreglo favorable.

—Ha... hablaré lo que sea. Lo diré todo. ¡Todo! ¡Pero no dispaes! Kerrigan no disparó.

Su mirada seguía siendo metálica y fría como la de una víbora.

—Ésa es sólo la primera parte, Stuart. La segunda consiste en que me digas dónde está Sue Mills.

—¿Quieres... salvarla?

—Mi trabajo no terminará hasta que lo haya hecho.

—De... de acuerdo, yo sé dónde está.

—¿Dónde?

—Te acompañaré.

Los ojos de Kerrigan se achicaron un momento.

Durante unos brevísimos segundos receló. Pareció pensar que todo aquello era demasiado fácil.

Pero de un tipo tan asustado como Stuart, un tipo que estaba al borde de un *shock* causado por el miedo, se podía fiar, de modo que tomó la cartera y decidió seguirle. Sin dirigir una sola mirada a los muertos, avanzaron ambos hacia el coche que había traído a los pandilleros allí. El propio Stuart se puso al volante.

Poco a poco se tranquilizó. Las silenciosas calles de Nueva York por las que rodaban parecían producirle un efecto sedante. Las

interminables luces de tráfico enviaban apenas al aire un fulgor naranja que rasgaba la noche. Cuando entraron en Manhattan, la isla parecía completamente muerta.

Pero no permanecieron en ella. Rodaron hacia el Midtown Tunnel. Iban a los espacios abiertos de Queens, que bajo las sombras de la noche podía ser algo así como una inmensa madriguera.

Durante el trayecto, Kerrigan guardó silencio. Sostenía la cartera con la mano izquierda mientras la derecha engarfiaba el «Magnum». Su rostro era una especie de bloque de acero en el que no se reflejaba ninguna emoción, ningún sentimiento.

Sabía que estaba al final de su camino.

Sí. El final...

Porque no llegó a darse cuenta de que, cada vez que Stuart movía la palanca del cambio de marchas, pulsaba el pequeñísimo botón que había en la parte delantera de éste, y que sólo el conductor podía notar. Manejado con un cierto ritmo, aquel botón era una alarma que el propio coche enviaba por radio y que iba indicando su situación. Habiendo ganado la partida, Kerrigan iba sin embargo, hacia la ratonera.

Se metieron entre las casitas ajardinadas, de dos plantas, que hay a la derecha de Queens Boulevard.

Y entonces Kerrigan lo vio. Fue una reacción instantánea. Fue como si el propio diablo le hubiera pinchado en la médula de los huesos.

Los dos coches habían aparecido, de pronto, frente a ellos, cruzándose y cortando el tráfico. Todo ocurrió en apenas dos segundos, como si hubieran brotado de la propia noche.

Pero Kerrigan no esperó a que pasase lo que tenía que pasar. Con un salto felino abrió la portezuela de su lado y saltó del coche, rodando por tierra. E instantáneamente la bola de fuego vino hacia él.

El estampido pareció romperle los tímpanos.

La onda expansiva fue tan tremenda que su piel pareció saltar.

Dio la sensación de que la culata del «Magnum» ardía y se le fundía entre los dedos.

Porque el proyectil de «bazooka» acababa de destrozar el coche en que un momento antes iban los dos. Los asesinos no habían dudado en sacrificar a Stuart con tal de liquidarle también a él. El hermoso «Rover» se convirtió en una maldita bola de fuego.

Las portezuelas de los dos coches se abrieron y una serie de individuos saltaron por ellas. Kerrigan reconoció desde el suelo al propio Kruger. Todos se acercaron con las armas a punto, pero creyendo que eran dos cadáveres los que se retorcían entre las llamas.

Tardaron unos segundos en convencerse de su error.

Un espasmo los recorrió bruscamente.

Fue Kruger el que gritó:

—¡Allí!

Y también fue él el primero en reventar. A veces es un sucio asunto eso de tener buena vista. De pronto, el abogado dio una rápida vuelta sobre sí mismo y escupió un hilo de sangre mientras la bala de mercurio le quemaba las entrañas.

Los otros no se anduvieron por las ramas.

El del «bazooka» giró el arma mientras su compañero la volvía a cargar por detrás. Lo que había servido para volar un potente coche serviría para pulverizar a un hombre. El terrible artefacto giró hacia Kerrigan.

Pero una máquina de esa clase siempre es más lenta que un «Magnum». Cuando el «bazooka» acabó de girar, los dos hombres que lo sostenían estaban ya saltando a la comba en el infierno. Los dos proyectiles les habían alcanzado en mitad de las cabezas.

Kerrigan saltó entonces de un modo que parecía suicida. Pareció ir de cabeza hacia la bola de fuego en que se había convertido el «Rover».

Era el único modo de cubrirse: cubrirse con la propia bola de fuego. Los tres hombres que aún estaban frente a él lo vieron desaparecer repentinamente mientras lanzaban un grito de asombro. Por un momento no lo entendieron.

El que llevaba el fusil lanzagranadas lo alzó.

Para aquella emboscada no se habían andado con chiquitas. El material que usaban era de primera clase. El dedo fue a cerrarse sobre el gatillo del fusil, mientras la bola de fuego parecía llenar la calle.

Y Kerrigan disparó a través de ella.

Sabía dónde estaban sus enemigos, a los que no se les había ocurrido moverse. Sólo necesitó ver fugazmente sus siluetas para hacer blanco con una precisión diabólica. La granada, de la que ya

se había desprendido la espoleta, cayó al suelo.

Y la explosión atronó la calle. Los pedazos de uno de los muertos quedaron materialmente sembrados sobre uno de los coches. De pronto se transformó en el modelo más extraño y más *punk* que aquel año había fabricado la «Ford».

Kerrigan avanzó en zigzag.

Le parecía que en el segundo de los coches se movía alguien. Su plan había tenido éxito y ahora la siniestra organización de Harvard estaba desmantelada, pero le hacía falta algo más... *algo más*...

Y de pronto, al mirar hacia el interior del segundo coche, comprendió que había llegado al final.

¡Sue Mills!

¡Sue Mills amordazada y con las manos atadas a la espalda! ¡Lo había conseguido! ¡La secuestrada más famosa del mundo acababa de ser liberada! ¡La sangrienta aventura había llegado a su fin!

Con dos rápidos gestos, Kerrigan la desató y le quitó la mordaza. Para eso había tenido que depositar el «Magnum», como un trasto inútil, a un lado del asiento. Mientras le sostenía con las dos manos la cabeza para alentarla y verla mejor, preguntó:

—Sue... ¿Me entiende, Sue? Ya ha pasado todo el peligro. No tiene nada que temer. Está libre, Sue. ¿Me puede entender? ¿Cómo se siente?

—¿Yo? Perfectamente —dijo la voz.

Y el cañón metálico de la pistola casi se mete entre los dientes de Kerrigan.

Y Kerrigan quedó tan asombrado que en el primer momento no supo reaccionar, no supo pensar. Todo aquel pequeño universo del coche oscuro en que se hallaban los dos pareció dar una vuelta completa en torno suyo. Porque de pronto se dio cuenta de la especie de negro horror en que se había metido. Porque de pronto... ¡recordó!

Aquella cara con unas enormes gafas negras.

La mujer llena de curvas por todas partes.

¡El látigo!

Por primera vez en su vida se sintió desbordado. Por primera vez el pensamiento se le paralizó. Lo único que pudo decir fue:

—Pero tú...

—Sí, Kerrigan —musitó ella—, tú empleaste un buen truco al

sustituir a Harvard, pero nosotros también empleamos un buen truco al inventarnos a Sue Mills. Sue Mills, es decir yo misma, es una profesional de la muerte. Sabíamos que la buscarías hasta el fin y que cada vez que la hallases..., ¡contigo estaría la tumba! Por eso, según el plan ideado por Van Dollen y por Kruger, te llegaron algunas pistas que te permitían dar conmigo. Cierto que hasta ahora todo ha fallado, pero, a partir de este momento no fallará. Todo tiene un final, amor. Ahora puedes morir tranquilo porque has encontrado a la mujer que buscabas. Has encontrado a tu zorra. Y disparó a pesar de que Kerrigan sujetaba un extremo de la culata, como si quisiera suplicar. Pero era un gesto inútil porque Kerrigan ni siquiera desviaba el arma. Ella cerró el dedo sobre el gatillo.

¡Y la bala no salió!

¡El percutor no fue impulsado por el muelle!

Ella lanzó un gemido de sorpresa.

No lo entendía.

No llegó a darse cuenta de que en realidad Kerrigan, con el veloz gesto de las manos al borde de la culata, había desprendido el cargador. Aun sin llegar a caer del todo, el cargador estaba medio fuera de la culata. Y en esas condiciones funciona el seguro automático de las pistolas, el seguro llamado precisamente *de cargador*, que impide se dispare el arma cuando esa pieza esencial, el cargador, no está puesta. Así se evitan muchos accidentes mortales al limpiar el arma.

Los ojos de la mujer se desencajaron.

Pero fue solo un momento.

Enseguida demostró que tenía clase.

Que sabía perder.

No podía luchar contra un hombre que ya volvía a tener el «Magnum» en la derecha. Por eso, con voz tranquila, dijo:

—¿A qué esperas para disparar, Kerrigan? ¿Por qué no liquidas el asunto de una vez?

—Quizá porque necesito un testigo —dijo Kerrigan con voz opaca—. Y quizá porque tú no eres como todos. O porque en el fondo, aunque esta vez te hayan contratado para el mal, eres mi alma gemela.

Ella musitó:

—Es extraño, Kerrigan.

—¿Extraño? ¿El qué?

—Yo había pensado lo mismo. Por eso quizá no he hecho todo lo que debí hacer. Por eso he fallado por primera vez en mi vida... y precisamente contigo.

Kerrigan apartó el «Magnum» poco a poco.

—Me parece que podríamos formar una pareja bastante especial —dijo—. Mal asunto para los que estuvieran delante de nuestros revólveres.

Ella musitó:

—¿Me estás diciendo que necesitas un socio, Kerrigan?

—Tal vez sí.

—Pues me da en la nariz que ahora estoy sin trabajo. Los que me contrataron *se han ido* sin pagarme el último mes.

Kerrigan le dio un suave golpecito en la barbilla.

—Quedas contratada, nena —dijo—. Hasta que nos echen de la sección especial del servicio secreto, esto va a ser la monda.

Ella rió.

—Prometo no engañarte con ningún hombre —dijo—. Todos los que trato suelen acabar muertos.

—Me temo que a mí me va a ocurrir lo mismo —dijo Kerrigan pensando en voz alta—. Pero de otra manera. Y ahora nena, ¿quieres conducir tú?

—Claro que sí. ¿Hacia dónde?

—A un apartamento que tengo alquilado en Richmond. Si hemos de trabajar juntos, debo enseñarte unas cuantas cosas. Por ejemplo: lección primera.

Y la dobló como una caña para besarla, pese a saber que tenían que darse prisa.

Ella susurró:

—Lección segunda.

Y le dio un rodillazo en el bajo vientre, a ver qué pasaba.

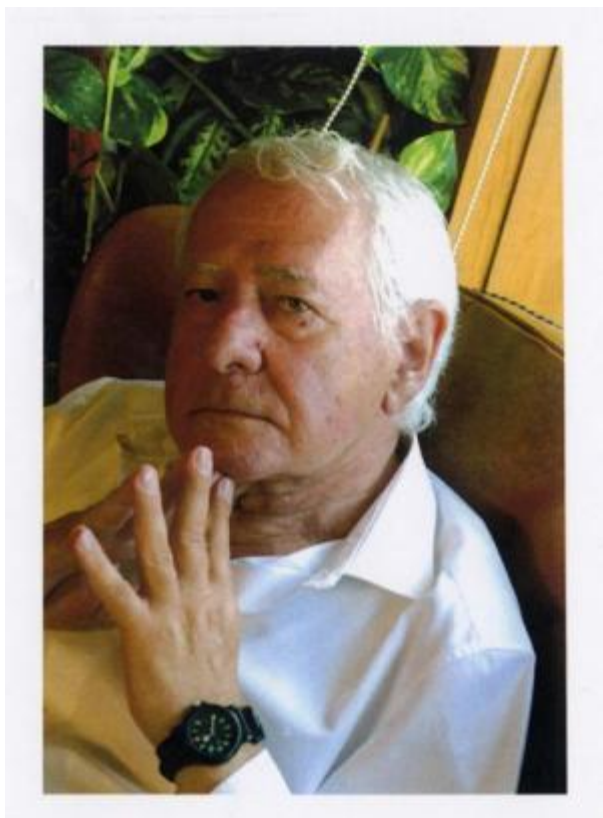
Pero chocó con una especie de piedra. La que se hizo daño fue ella.

Gimió:

—¡Ondia!

Y ya no insistió más. Antes de poder dar lecciones, lo mejor era convertirse en una buena alumna.

FIN



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra

premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.